

6 de febrero de 1981

Arraigados y cimentados en la caridad

(*Textus originalis hispanicus*)

## ARRAIGADOS Y CIMENTADOS EN LA CARIDAD

(*Ef. 3,17*)

1. Es la tercera vez que acudo al Centro Ignaciano de Espiritualidad para clausurar vuestro Curso anual. En 1979 diserté sobre « Nuestro Modo de Proceder », y el pasado año lo hice sobre « Inspiración Trinitaria del Carisma Ignaciano ». Con ello quise contribuir al estudio de las fuentes inspirativas de nuestro carisma: ese es el camino que el Concilio Vaticano II señala a los Institutos religiosos para conseguir la 'accommodata renovatio'<sup>1</sup>. « Nuestro Modo de

---

1 - Las citas de los escritos de S. Ignacio se hacen sobre la edición de sus obras completas en la Biblioteca de Autores Cristianos, tercera edición. Madrid, 1977. Se cita BAC.

2 - La numeración de los Ejercicios y de las Constituciones corresponden a la numeración de la edición BAC.

3 - Las citas de las cartas de San Ignacio y otras fuentes jesuíticas primitivas se citan por la edición de Monumenta Histórica S.J.: MHSI y se añade la cita en la edición BAC cuando están contenidas en ella.

<sup>1</sup> Publicadas en la colección 'Documentación', nn. 42 y 45, de la Oficina de Información y Prensa de la Compañía. Reproducidas posteriormente en diversas publicaciones. Cf. AR XVII, 653 ss.; XVIII, 67 ss.

Proceder » partía del carisma ignaciano *descendiendo* por diversos niveles de aplicación a las *cambiadas condiciones de los tiempos*<sup>2</sup>. « La Inspiración trinitaria », al contrario, partiendo también del carisma de Ignacio, se *remontaba* hasta lo más alto: su intimidad trinitaria. Hoy me propongo ahondar hasta *el centro* de esa suprema experiencia ignaciana: la realidad de que *Dios es caridad*<sup>3</sup>. Porque, en mi opinión, esa es la última e irreductible síntesis de cuanto Ignacio ha aprehendido en esa privilegiada intimidad trinitaria a la que ha sido invitado: *La unidad divina entre el Padre y el Hijo, como comunidad de amor, culmina en la relación de ambos con el único Espíritu*<sup>4</sup>. Esa es, por consiguiente, la última raíz, el último cimiento del carisma ignaciano, el alma de la Compañía.

2. En cuanto es posible tratar de estas cosas con términos humanos, podemos decir que el amor más puro, la caridad en sí misma, son, por una parte, el constitutivo formal de la esencia divina. Y, por otra, la explicación y causa de las operaciones 'ad extra': la creación del hombre, señor del universo, y el retorno de todo a Dios en una historia de redención y santificación. Este doble aspecto formal del amor tiene en Ignacio el eco de una doble respuesta: un supremo amor teocéntrico, compatible con una marcada presencia de Cristo también en cuanto hombre; y un ilimitado amor de caridad a los demás hombres en quienes para él es patente el amor de Dios y que deben ser reconducidos a él. Por lo tanto, si queremos que esa 'renovatio accommodata' se opere en nosotros con la profundidad ignaciana de los Ejercicios, que parte de lo más hondo del corazón del hombre, tendremos que dejarnos invadir por la caridad que es el punto terminal del carisma ignaciano. Nosotros, creados ya a imagen y semejanza de Dios, que es caridad, nos asemejaremos más a él. Esa caridad será la *dynamis* de nuestra apostolicidad y nos hará capaces de colaborar en la solución de los tremendos problemas propios de este mundo convulso en los estertores del tránsito a una época nueva.

3. Toda renovación que no llegue ahí, que deje intacto y sin purificar el corazón del hombre, será incompleta y está condenada al fracaso. En cambio, si nuestra potencia volitiva se purifica y se transforma, habremos quedado perfectamente orientados: la renovación no producirá traumas, nos situaremos en un plano superior en que las dicotomías y tensiones desaparecen — fe y justicia, por ejemplo, al estar ambas informadas por la caridad — y nos moveremos por la misericordia, sublimación de la justicia. Con este espí-

<sup>2</sup> Perfectae Caritatis, n. 2.

<sup>3</sup> 1 Jn 4,8.

<sup>4</sup> Inspiración Trinitaria del Carisma Ignaciano, n. 99.

ritu, *radicados y cimentados en la caridad*, la Compañía seguirá siendo una fuerza de choque en el enfrentamiento de la iniquidad y el amor, *anomía* contra *agapé* en términos de San Mateo para su pre-nuncio apocalíptico que tan aplicables son a nuestra época<sup>5</sup>.

## I

## EL AMOR Y LA CARIDAD EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

4. *El peso del alma es el amor*<sup>6</sup>. Esto es lo que Ignacio escribía a un antiguo condiscípulo de París, sin saber, quizás, que estaba citando a San Agustín. Y sin pretenderlo, ciertamente, nos estaba dando la formulación más densa posible de su propio itinerario espiritual y del carisma de la Compañía.

## 1. Los Ejercicios

Cuando Ignacio concluye los Ejercicios, el « *alabar, hacer reverencia y servir a Dios* » del Principio y Fundamento<sup>7</sup> se ha convertido en una *Contemplación para alcanzar amor* ». Un amor que *se debe poner más en las obras que en las palabras*<sup>8</sup> y en *dar y comunicar*<sup>9</sup>. Estas dos notas del amor del ejercitante que ha ordenado su vida, corresponden a idénticas notas que Ignacio ha visto en el amor de Dios: Dios no solo *amó tanto al mundo que nos dió a su único Hijo*<sup>10</sup>, sino que — y esto debemos *ponderarlo con mucho afecto* — *desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina*<sup>11</sup>. Ese amor debe llevar al ejercitante, *enteramente reconociendo*, es decir, por reciprocidad, a *en todo amar y servir a su divina majestad*<sup>12</sup>. Servir es darse.

5. Esta conclusión no es una sorpresa. El papel del director es llevar al ejercitante a descubrir ese amor. Su misión no es *moverle más a pobreza que a sus contrarios, sino buscar que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante*<sup>13</sup>. De nuevo asoma la asociación amor y servicio, por-

<sup>5</sup> Mt 24,12.

<sup>6</sup> Carta a Manuel Sanches, Obispo de Targa. Roma, 18 de mayo de 1547. MHSI. Epp. I 513-515. BAC p. 728.

<sup>7</sup> Ejercicios, n. 23.

<sup>8</sup> Ejercicios, n. 230.

<sup>9</sup> Ejercicios, n. 231.

<sup>10</sup> Jn 3,16.

<sup>11</sup> Ejercicios, n. 234.

<sup>12</sup> Ejercicios, n. 233.

<sup>13</sup> Ejercicios, n. 15.

que para Ignacio el servicio, darse, es una expresión necesaria del amor. Dicho de otra manera: sin servir no se puede amar. Servir es la reciprocidad del amor, es la forma de darse. El ejercitante debe considerar *con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte offrescer y dar a su divina majestad, es a saber, todas mis cosas, y a mí mismo con ellas*<sup>14</sup>. Alcanzar este amor es la petición suprema: *Tomad y recibid ... vos me lo distes ... a vos lo torno ... dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.*

6. Es interesante notar que la *pedagogía del amor en los Ejercicios* parece calcada sobre la pedagogía del amor en la revelación del Viejo Testamento. No se da una teoría del amor, sino que se sigue una pedagogía experimental. Se nos presenta el amor como agente constante de todo cuanto conduce a la salvación: desde la creación — *las otras creadas ... para el hombre* — al valladar levantado entre el hombre y el infierno, al designio de redención, al llamamiento al amor recíproco y al servicio de cooperación. Ignacio, podríamos decir, somete el ejercitante a una irresistible presión de pruebas del amor de Dios, hecho patente más con obras que con palabras en reiterados actos de donación hasta culminar con la entrega de su único Hijo. Ignacio, con ello, pretende provocar una total transformación en el ejercitante: purificarle el corazón, ordenarle la potencia afectiva. En una palabra: hacerle vivir el amor de Dios y a Dios, dándose en servicio.

7. Desde la '*primera semana*', el amor es un criterio. La consolución y la desolación que, como sabemos, son el instrumento de precisión en el proceso de cambio, tienen como diferencia discriminante, precisamente, la presencia o ausencia del amor (*reglas 3, 4, 9*)<sup>15</sup>. En la '*segunda semana*' es el amor el eje de las grandes decisiones. En la primera meditación (Rey Temporal) se tratará aún de *afectarse y señalarse en todo servicio*, precisamente reaccionando *contra su amor carnal y mundano*<sup>16</sup> porque todavía no se ha propuesto explícitamente el reclamo del amor de Dios. Acaba apenas de concluir la fase preliminar de purificación. Las contemplaciones que irrumpen inesperadamente, son ya un planteamiento de amor: amor de Dios en acción, y respuesta de un hombre que ya es capaz de alzar a lo alto la mira de su amor: *demandar lo que quiero, conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga*<sup>17</sup>. En estos ejercicios, muy significativamente llamados '*misterios*', se acelera la transferencia del amor propio al amor de Cristo, don del amor de Dios. Es una escalada hacia el amor

<sup>14</sup> Ejercicios, n. 234.

<sup>15</sup> Ejercicios, n. 316, 317, 322.

<sup>16</sup> Ejercicios, n. 97.

<sup>17</sup> Ejercicios, n. 104.

perfecto, que sube por el coloquio de la meditación de Dos Banderas y los Tres Binarios cuando todavía hay  *affecto o repugnancia*<sup>18</sup> respecto a las consecuencias del amor de Dios. Es salir  *del propio amor, querer e interesse*<sup>19</sup>.

8. Sicológica y teológicamente interesantes son dos momentos importantes en el itinerario del ejercitante en los que S. Ignacio le impone reflexionar sobre el propio amor. El paralelismo de ambos pasajes indican cuán clara estaba esta idea en la mente de Ignacio que casi había ya estereotipado las frases. Se trata de la 'elección' hecha por el segundo modo del tercer tiempo, — más afectivo que el primero — y de las normas para distribuir los bienes. En un esfuerzo de introspección y fría observación de sí mismo, tan genuinamente ignaciano, el ejercitante debe asegurarse que  *el amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba, del amor de Dios*<sup>20</sup>. Es el certificado de garantía que el ejercitante debe exigirse y concederse a sí mismo: la identidad de amor con Dios. La misma precaución sale al paso antes de distribuir los bienes. De las cuatro cosas que el ejercitante tiene que mirar,  *la primera es que aquel amor que me mueve... descienda de arriba, del amor de Dios nuestro Señor... que en la causa porque más las amo* — a tales personas, amigos o parientes —  *reluzca Dios*<sup>21</sup>. El sentido de causalidad y de reciprocidad entre el amor de Dios y del hombre es manifiesto.

9. Naturalmente, a esa meta se llega solamente por un proceso que arranca de la propia capacidad de amar. Porque — pese al gratuito reproche que con mecánica repetición se ha hecho a San Ignacio — éste ni desconoce ni mata el amor natural. Ignacio lo reconoce, más aún, lo necesita, porque solo con él, purificado y ordenado, se puede reponer al amor de Dios. Es significativa la corrección de su puño y letra en el manuscrito de los Ejercicios, uno más de esos 'pentimenti' tan significativos para conocer exactamente su pensamiento. El manuscrito decía en el título: «ordenar su vida sin  *affección* alguna que desordenada sea». Ignacio corrigió: «sin determinarse por». Es decir, Ignacio sabe muy bien que la 'affección', incluso la  *affección* desordenada, (= inclinación a una persona o cosa por el amor que se la tiene), seguirá estando ahí. De lo que se trata es dominar la situación y enderezar el amor. Ignacio lo expresa magníficamente en dos frases que son ya proverbios: 'vencer a sí mismo' y 'ordenar su vida'.

10.  *Vencer a sí mismo*, como el mismo Ignacio explica, es que

<sup>18</sup> Ejercicios, n. 157.

<sup>19</sup> Ejercicios, n. 189.

<sup>20</sup> Ejercicios, n. 184.

<sup>21</sup> Ejercicios, n. 338.

la sensualidad obedezca a la razón<sup>22</sup>, dominar el campo de las apencias o repugnancias propia de la naturaleza caída que nublan el objetivo del verdadero amor. Como dice en otra parte, hay que *extinguir el affecto desordenado*<sup>23</sup>. Es uno de los objetivos, el principal, de la etapa de purificación que culmina en la meditación sobre el infierno. Es un proceso lógico en tres pasos marcados por tres verbos: *sentir el desorden de mis operaciones para que, aborresciendo, me enmiende y me ordene*<sup>24</sup>. La enmienda es poner orden en el desorden de las operaciones, es preparar el camino al amor.

11. *Ordenar su vida* es aplicar el amor ordenado a las grandes opciones de la persona, es dejar que el amor de Dios encuentre la debida respuesta en la vida del hombre con exclusión de todo desvío. Lo muestra claramente otra de sus correcciones manuscritas. El texto decía: *Tres binarios de hombres, y cada uno de ellos ha adquirido diez mil ducados no sólomente por amor de Dios*<sup>25</sup>. El amor de Dios no se excluía, pero no era excluyente. Y esto deja insatisfecho a Ignacio que corrige: *no pura o débitamente por amor de Dios*. Los tres quieren quitar el affecto desordenado, pero solo el tercero se sitúa en la hipótesis de *que todo lo deja en affecto poniendo fuerza de no querer aquello ni otra cosa ninguna si no le moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor*. Ignacio le dice a renglón seguido qué tiene que hacer para *extinguir el tal affecto desordenado*: la 'fuga in avanti', lanzarse a pedir, *aunque sea contra la carne*<sup>26</sup> la pobreza actual que había sido ya el caballo de batalla de las Dos Banderas. Es el amor del hombre lanzado al encuentro del amor de Dios. El punto de encuentro es la persona de Cristo, de quien el ejercitante pide insistentemente tener *conocimiento interno del Señor, para que más le ame y le siga*<sup>27</sup>. Este ciclo central — Rey Temporal, Dos Banderas, Binarios, Maneras de Humildad — purifican el amor hasta llegar a una inversión total. El ejercitante llega a pedir algo que no sólomente no nace de un 'affecto desordenado', sino que va más allá del mero tener *juicio y razón*: *Los que más se querrán afectar y señalar ... haciendo contra su propia sensualidad, contra su amor carnal y mundano, ... dirán que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada ...*<sup>28</sup>. El *mayor servicio y alabanza*, el mayor amor, en definitiva, puede arrancar esa opción en quien ha descubierto el amor de Cristo. Y no hubiera pare-

<sup>22</sup> Ejercicios, n. 87.

<sup>23</sup> Ejercicios, n. 157.

<sup>24</sup> Ejercicios, n. 63.

<sup>25</sup> Ejercicios, n. 150.

<sup>26</sup> Ejercicios, n. 157.

<sup>27</sup> Ejercicios, nn. 104, 113, 117, 126.

<sup>28</sup> Ejercicios, nn. 97, 98.

cido posible mayor amor. San Ignacio lo encuentra, e invita a él, en la Tercera Manera de Humildad, *perfectísima*. Es la inversión total del 'desorden' y del 'amor carnal y mundano', algo que sobrepasa la lógica humana y participa de ese desdén por lo razonable que está en el fondo de todo amor apasionado: Ya no hace falta que sea *mayor servicio y alabanza*, basta que sea *igual alabanza y gloria, por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo ...*<sup>29</sup> ¿Puede extrañarnos que un hombre tan cualificado como el Doctor Ortiz, a quien San Ignacio estaba dando los Ejercicios en Montecasino en la cuaresma de 1548, escribiese en sus apuntes en vez de 'Tres maneras de humildad', « tres maneras y grados de amor de Dios »?<sup>30</sup>

12. Los Ejercicios, en definitiva, son un método de pedagogía del amor, de la más pura caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Del corazón del hombre desarraigan el amor carnal y mundano, y lo dejan abierto a los rayos del amor de Dios. Es un amor solicitante: en el hombre provoca una respuesta de amor y de servicio. Y este servicio es amor. Ese es el mensaje del último párrafo de los Ejercicios: *sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios por puro amor*<sup>31</sup>. En los Ejercicios hay conceptos y términos que son lógicamente reductibles unos a otros: 'gloria de Dios', por ejemplo, es reductible a 'servicio divino'. Dígase lo mismo de 'alabanza' y 'reverencia'. Un sólo término es último e irreductible a ningún otro: amor.

## 2. Las Constituciones

13. Puesto que la Compañía, en definitiva, no es más que la versión institucional de los Ejercicios, el amor, que en los Ejercicios es el elemento clave, tiene que encontrar su paralelo en las Constituciones de la Compañía de Jesús. Así es, en efecto. Pero con una diferencia: los Ejercicios miran a la conversión y opción de vida a nivel personal, individual. Las Constituciones, en cambio, tienen una dimensión grupal. Pero el espíritu es el mismo. Más aún: el principal valor de las Constituciones no estriba en el rigor lógico de su trabazón, en la prudencia y sabiduría de sus prescripciones jurídicas o en la genial adecuación entre los medios empleados y los fines que se buscan. El principal valor de las Constituciones es el espíritu de los Ejercicios que pasa por ellas y que alimenta todas sus líneas de fuerza. Más: las Constituciones, por las que se rige la vida de cada jesuita y la de la Compañía como cuerpo, presuponen

<sup>29</sup> Ejercicios, n. 167.

<sup>30</sup> MHSI. Exerc. 2a edición, p. 635. Cfr. BAC p. 243, nota 104.

<sup>31</sup> Ejercicios, n. 370.

hombres que han hecho a fondo los Ejercicios y han optado por las formas más radicales de seguimiento de Cristo: hombres motivados por el amor. Los Ejercicios son la primera 'experiencia' del jesuita a su ingreso en la Compañía, entendiendo esta palabra en su sentido técnico, es decir; la comprobación real de que su llamada personal por el Espíritu es coherente con el carisma de la Compañía. De ahí que el dinamismo de los Ejercicios es el que impulsa toda su vida ulterior — codificada en las Constituciones — y que toda renovación de la Compañía sea necesariamente la potenciación de las líneas de fuerza de los Ejercicios.

14. Con todo, creo que al parangonar Ejercicios y Constituciones deben observarse dos cosas:

a) - El contexto individual en que están concebidos los Ejercicios (que hay que mantener cuando se hacen en grupo) hace que el amor se conciba preferentemente como una relación personal entre Dios/Cristo-Señor y el ejercitante. El amor y servicio a los hombres va implícito — pero como elemento fundamental y constitutivo — en el amor y servicio divino. Pero las Constituciones, que empiezan donde acaban los Ejercicios, que tienen una concepción evidentemente grupal e institucionalizada, y están destinadas para que se realice ese servicio — 'el mayor servicio' — y para sostener a los hombres entregados a ese servicio, explicitan más la dimensión fraterna del amor, la caridad, y la dedicación a la ayuda de los hombres. Son 'el prójimo', 'las ánimas', en el léxico de Ignacio. Las Constituciones — la Compañía — realizan aquella característica que los Ejercicios exigen en el amor: que consiste en darse. Y lo que en los Ejercicios era promesa de entrega y seguimiento, en las Constituciones es realidad y acción. Y todo eso se lleva a cabo compartiendo el ideal y la vida con otros amigos en el Señor unidos por la caridad y la misión. No hay más ley que el amor. Las Constituciones, al decir de Ignacio en el primer párrafo de su proemio, no son más que la razonable apoyatura de *la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones*<sup>32</sup>. Cada jesuita, con objetividad y profundo gozo interior, puede hacerse eco del júbilo paulino: *Dios me ha brindado ponerme al servicio de una alianza que no depende de una ley escrita, sino del Espíritu. Porque la ley escrita lleva a la muerte, mientras que el Espíritu da la vida*<sup>33</sup>. Es lo que Ignacio quiere para sus Constituciones: *Ningunas Constituciones, Declaraciones ni orden alguno de vivir, puedan obligar a peccado mortal o venial [...] en lugar del temor de la offensa, suceda el amor y desseo de toda perfección y de que mayor gloria y ala-*

<sup>32</sup> Const. 134.

<sup>33</sup> 2 Cor 3,6.

*banza del Señor se siga*<sup>34</sup>. En una palabra, en la Compañía se procede con *spirito de amor y no turbados de temor*<sup>35</sup>.

15. b) - También a nivel personal para el jesuita las Constituciones comienzan donde terminan los Ejercicios. La puesta en orden de la propia vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea, fin de los Ejercicios, se presupone en las Constituciones como punto de partida. De ahí que la Compañía no puede construirse sino sobre hombres que tienen el espíritu de los Ejercicios. En estos, quien se dispone a ser jesuita se enfrenta cara a cara consigo mismo y con Dios, y acaba alistándose bajo su bandera. Ya en la Compañía, debe enfrentarse con las necesidades del mundo y las realidades de cada día, haciendo efectivo en ellas su servicio y su amor. Pero hay una continuidad sin fisuras entre ambos estadios: Dios, el amor de él y a él, son la causa inicial y final, el alfa y la omega, de la trayectoria del jesuita en la Compañía. Por eso, para mantener *el spiritu della y para la consecución de lo que pretende, /.../ los medios que juntan el instrumento con Dios /.../ son más eficaces que los que le disponen para con los hombres, como son /.../ specialmente la caridad*<sup>36</sup>.

#### 16. Notas de la caridad ignaciana

1. *Caridad dinámica*. La caridad, como toda virtud, tiende al crecimiento. Pero en Ignacio, el hombre del 'magis'. este progreso es una insaciable sed. 'Crecer', 'aumentar', 'pasar adelante', son términos que vienen una y otra vez a su pluma. 'Crecer en su servicio' es una expresión favorita<sup>37</sup>. 'Pasar adelante' sale una y otra vez en sus cartas de dirección, urgiendo que sea 'cada día más', 'de día en día', 'continuamente', 'hasta la perfección'<sup>38</sup>. El afán porque los suyos crezcan es tal que en las Constituciones llega a sugerir a los Superiores la pedagogía de la provocación para estimular el crecimiento de los que están en probación *tentándolos* (como él mismo mismo habría visto en su juventud en Arévalo 'tentar' los toros de lidia para comprobar que son de buena casta) *para que den muestra de su virtud y crezcan en ella*<sup>39</sup>. Pero en Ignacio la caridad es dinámica, sobre todo, porque es un amor a Dios y a los hombres que le lleva a una intensa actividad. Todo el ímpetu de servicio apostólico de la Compañía es reductible a este concepto: caridad. De esto me ocuparé más adelante.

<sup>34</sup> Const. 602.

<sup>35</sup> Const. 547.

<sup>36</sup> Const. 813.

<sup>37</sup> MHSI. Epp. I, p. 150.

<sup>38</sup> Cfr. IGNACIO IPARRAGUIRRE. *Vocabulario de Ejercicios*. C.I.S., Roma, 1978.

<sup>39</sup> Const. 285.

17. 2. *Caridad ordenada*: es decir, purificada de toda inclinación desordenada hacia sí mismo, las personas (parientes, amigos) o las cosas. En este punto las Constituciones están calcadas sobre los Ejercicios. La caridad ordenada tiene un primer paso negativo: acrisolar el amor, quitarle la escoria de la inclinación desordenada a las cosas por sí mismas para amar puramente sólo a Dios y a todas las demás cosas y personas sólo en él y por él<sup>40</sup>. En la práctica, para Ignacio, la pureza del amor es la pureza de intención. Es explícito cuando en los Ejercicios trata de la motivación de la elección: *mire si no ha hecho elección debida y ordenadamente, sin affecciones desordenadas [...]/ la cual elección no parece que sea vocación divina, por ser elección desordenada y oblicua [...]/ porque toda vocación divina es siempre pura y limpia, sin mixtión de carne ni de otra affección alguna desordenada*<sup>41</sup>. Dos párrafos más adelante, hará sinónimos elección sincera y elección bien ordenada. El concepto es claro, y su motivación también: para que una elección no sea 'desordenada y oblicua', sino 'pura y limpia', es que *el amor que me mueve y me hace elegir tal cosa, descienda de arriba, del amor de Dios*<sup>42</sup>.

18. El momento paralelo en las Constituciones a este de la elección en los Ejercicios, que acabamos de ver, es el de la renuncia a los bienes que debe estar dispuesto a hacer quien entra en la Compañía. La 'ordenación' del afecto se requiere con especial énfasis. Se debe *perder toda la affición carnal y convertirla en spiritual con los deudos, amándolos solamente del amor que la caridad ordenada requiere*<sup>43</sup>. A la hora de despojarse de los bienes, deben *desnudarse del amor desordenado de parientes y evitar el inconveniente de la distribución desordenada que procede del dicho amor*<sup>44</sup>. Incluso se puede imponer la renuncia al final del primer año de noviciado si se ve que el diferirla puede ser ocasión de que el novicio *se desordene en algún amor y confianza en ella*<sup>45</sup>. Es que la pobreza es un área especialmente crítica, un verdadero banco de pruebas de la 'pureza' y 'orden' de nuestra caridad. Por eso hay que llegar en la Compañía a *todo menosprecio de las cosas temporales, en las cuales suele desordenarse el amor propio*<sup>46</sup>.

19. Otro campo propicio al 'desorden', y que por tanto merece especial vigilancia, es el de la 'sensualidad', el del amor propio. Por

<sup>40</sup> Const. 288.

<sup>41</sup> Ejercicios, n. 172.

<sup>42</sup> Ejercicios, n. 184.

<sup>43</sup> Const. 61.

<sup>44</sup> Const. 54.

<sup>45</sup> Const. 254.

<sup>46</sup> Const. 671.

eso, en este tema vuelve a ser Ignacio especialmente explícito. Cuando el jesuita, acabados sus estudios, va a ser admitido a la Profesión, debe realizarse un control final de este aspecto. Se le hace pasar de la escuela del entendimiento a la *scuela del affecto*, *exercitándose en cosas espirituales y corporales, que más humildad y abnegación de todo amor sensual y voluntad y juicio propio y mayor conocimiento y amor de Dios nuestro Señor pueden causarle*<sup>47</sup>. Es la última rectificación del amor, la puesta a punto definitiva para la misión apostólica desde la Compañía. Cumplirá con ello la consigna que sobre el amor se le dió al ingresar: *aborrecer en todo y no en parte quanto el mundo ama y abraza, ... admitir y desear con todas las fuerzas posibles quanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. [...]/ Los que siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo el contrario de quanto los mundanos aman y desean con tanta diligencia*<sup>48</sup>. Esa es la regla de oro de la 'caridad ordenada'. Las Constituciones están escritas en esta perspectiva y para hombres que viven ese ideal, o desean vivirlo o al menos *tienen deseos de tener tales deseos*<sup>49</sup>.

20. 3. *Caridad discreta*. La discreción añade a la caridad ordenada una nota importante y típicamente ignaciana: la sensatez. Elimina el exceso, la *hubris* de los griegos, la precipitación alocada, las excrescencias del ardor apostólico, los efectos secundarios que convierten en contraproducente a la caridad. Pero la discreción no es un límite a la caridad. El amor de Dios es infinito, y la respuesta en el hombre ha de ser *con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*<sup>50</sup>. La discreción en la caridad es un complemento del 'orden' y, por ello, una condición de crecimiento. Ignacio es temperamentalmente un secundario, un reflexivo. Su educación cortesana y castrense le ha dotado de un notorio autodomínio y sentido de la medida de sus fuerzas. La discreción en la caridad es el contrapeso racional que equilibra lo afectivo y lo hace íntegramente humano. Es ese cuánto de prudencia sobrenatural, de proporción entre medios y fines, de respeto a la persona con sus circunstancias que permite a la caridad ordenada conseguir sus objetivos respetando una bien graduada escala de valores.

21. Aduciré algunos ejemplos. Ignacio pide una especial cautela a la hora de admitir en la Compañía. El que admite  *mire que la caridad particular no perjudique a la universal, que siempre debe preferirse*<sup>51</sup>. La misma discreción debe impedir la retención de

<sup>47</sup> Const. 516.

<sup>48</sup> Const. 101.

<sup>49</sup> Const. 102.

<sup>50</sup> Lc 10,27.

<sup>51</sup> Const. 189.

quien no es apto: *no se debe retener alguno contra el bien de la Compañía, el cual, por ser universal, debe preferirse al de un particular. /.../ Sufrir esto, no sería de atribuir a la caridad, sino a lo contrario*<sup>52</sup>. *Sería caridad indiscreta retener la persona inútil o dañosa para la Compañía*<sup>53</sup>. Si una causa es o no suficiente para despedir, *debe ponderarlo delante de Dios nuestro Señor la discreta caridad del Superior*<sup>54</sup>. Tratándose de profesos, la discreción tiene un énfasis más alto, *mucho mayor debe ser la caridad y discreción del Espíritu Santo*<sup>55</sup>. La *ordenada y discreta caridad* sugerirá cómo comportarse con los que salen de la Compañía y toman hábito en otra religión<sup>56</sup>, las penitencias que puedan imponerse<sup>57</sup> y la distribución del tiempo que los Profesos y Coadjutores Formados hayan de dar a la oración o al estudio<sup>58</sup>. Discreta caridad, en fin, es la *prudente caridad* de que Ignacio supone está dotado el General de la Compañía<sup>59</sup>.

22. 4. *Caridad omnipresente*. Todas las páginas de las Constituciones están escritas en clave de amor o caridad, o explícitamente, o en sus equivalentes *el servicio de Dios, la gloria divina*. Son diversos aspectos formales de una sola realidad: la entrega, por reciprocidad de amor, a la obra del Padre — a la que Ignacio fue admitido en La Storta — con Cristo, por la gracia del Espíritu. La disciplina mental con que están concebidas, la impresión de eficacia que transpiran, el rigor jurídico — excepcional para su época — con que están redactadas, no ocultan, para quien las lee o estudia sin prejuicios, algo mucho más profundo: una lealtad absoluta, nacida de un total amor, hacia la misión recibida y hacia el dador de ella. Y, para llevarla a cabo, una sorprendente conciliación de dos elementos aparentemente excluyentes: un fuerte régimen de autoridad monárquica ejercida en un gobierno que es, ante todo, paternal, fundado en la caridad.

23. Toda la vida del jesuita debe estar inspirada por la caridad y el amor: desde que, apenas ingresado, se ve puesto deliberadamente en condiciones en que tiene que *poner su esperanza con verdadera fe y amor intenso en su Creador y Señor*<sup>60</sup>, hasta que muere esforzándose por dar *ejemplo de fe viva, y esperanza y amor de los*

<sup>52</sup> Const. 212.

<sup>53</sup> Const. 217.

<sup>54</sup> Const. 209.

<sup>55</sup> Const. 219.

<sup>56</sup> Const. 237.

<sup>57</sup> Const. 269.

<sup>58</sup> Const. 582.

<sup>59</sup> Const. 754.

<sup>60</sup> Const. 67.

*bienes eternos... confortado por la caridad fraterna*<sup>61</sup>. Para con Dios, será *amor y reverencia*. Para con los hermanos, *fraterna caridad*<sup>62</sup>. A los Superiores *muy de corazón los amen como a padres en Iesu Christo; y así procedan en todo en espíritu de caridad*<sup>63</sup>. Y, autorretratándose sin pretenderlo, al General le dice que no *dexe de tener la compasión que conviene a sus hijos*<sup>64</sup>.

24. El amor/caridad, para Ignacio, es un componente base de todas las virtudes. La pobreza no sólo se acepta, sino se elige por amor a Cristo pobre. Y lo mismo la humildad. El amor es el alma de la obediencia<sup>65</sup>; está presente en los diversos grados de la corrección que el Superior debe hacer con caridad discreta: *primero con amor y dulzura, 2.º con amor y que se confundan con vergüenza, 3.º con amor y temor de ellos*<sup>66</sup>. El amor, junto con la caridad, es la justificación profunda de la indiferencia hacia los grados con que se entra en la Compañía<sup>67</sup>. Por amor se emprenden los estudios<sup>68</sup>. Amor y caridad es, en fin, esa *bondad mucha y amor a la Compañía* que no debe faltarle al General aunque careciese de otras dotes<sup>69</sup>, llevándole incluso, *quando menester fuese, a rescibir la muerte por el bien de la Compañía en servicio de Iesu Cristo Dios y Señor nuestro*<sup>70</sup>. Es una de las fórmulas más solemnes usadas por Ignacio.

25. 5. *La caridad, fuente de unión*. Hablando a jesuitas es obligado detenerse en un efecto del amor mutuo que para Ignacio es fundamental: la unión. La unión es un valor primario en la Compañía y condición de su supervivencia, porque es lo que hace conciliable el poder ser 'cuerpo' con nuestra misión para la dispersión. Tan importante es esto para Ignacio, que a ello dedica una de las diez partes de las Constituciones, la VIIIa: « Lo que ayuda para unir a los repartidos ». Su primera sección trata precisamente de « La unión de los ánimos ». En el plano exterior, la primera medida es — junto con la obediencia y la autoridad — la selección en las admisiones. Precisamente el tema que en la parte 2a ofrece la mayor densidad de llamadas a la discreción en la caridad. Pero no es esto lo que más nos concierne ahora. Es curioso observar, sin embargo, que en el ejemplar 'autógrafo' de las Constituciones, el párrafo 667b — en que se atempera el ejercicio de la autoridad con la bon-

<sup>61</sup> Const. 595.

<sup>62</sup> Const. 273, 280, 595.

<sup>63</sup> Const. 551.

<sup>64</sup> Const. 727.

<sup>65</sup> Const. 547, 551.

<sup>66</sup> Const. 270.

<sup>67</sup> Const. 111, 130.

<sup>68</sup> Const. 361.

<sup>69</sup> Const. 735.

<sup>70</sup> Const. 728.

dad y la mansedumbre — es una adición manuscrita de Ignacio: *el mandar sea bien mirado y ordenado ... de su parte use el Superior todo amor y modestia y caridad en el Señor nuestro posible, de manera que los sujetos se puedan disponer a tener siempre mayor amor que temor a los Superiores ...*

26. Y, sin embargo, no son los medios jurídicos los que han de proporcionar el tipo de unión que precisa la Compañía. Porque se trata, ante todo, de 'unir ánimos', para unir el cuerpo, y para esto, *el vínculo principal de entrambas partes para la unión de los miembros entre sí y con la cabeza, es el amor de Dios nuestro Señor; porque estando el Superior y los inferiores muy unidos con la su divina y summa Bondad, se unirán muy fácilmente entre sí mismos por el mismo amor que della descenderá y se entenderá (sic) a todos próximos, y en especial al cuerpo de la Compañía*<sup>71</sup>. Una vez más, Ignacio retorna a su concepción predilecta: el descenso del amor de Dios y su difusión, a través nuestro, a todos los prójimos, de los que los primeros son los propios miembros de la Compañía. Ignacio no teme ser repetitivo, y añade: *Así que la caridad, y en general toda bondad y virtudes con que se proceda conforme al espíritu, ayudarán para la unión*. Ignacio está persuadido de que respondiendo el amor de Cristo con el amor a Cristo, brotará, necesariamente, el amor mutuo. Para mantener su unión, la Compañía no cuenta con otros medios de que disponen las órdenes monásticas, tales como el trabajo y la oración en común y una rigurosa convivencia. En la Compañía la unión tiene que tener ligaduras más trascendentes que todo eso compatibles con la dispersión, e incluso que den sentido a la dispersión: 'ad intra', la caridad y amor mutuo, íntimamente sentido y operante; 'ad extra' la participación en la misión global por la misión personal. Ayudará también la posible uniformidad de pareceres y la intensa comunicación entre los dispersos. Para Ignacio esta unión de los ánimos tiene tal valor, que a quienes la lesionan les reserva las palabras más duras de todas las Constituciones, urgiendo que se les aparte como *peste ... con mucha diligencia*<sup>72</sup> (664), incluso despidiéndoles de la Compañía.

27. Ignacio iba por delante en el ejemplo de amor y caridad para con todos. El anecdotario de la caridad ignaciana es inmenso y está esparcido en las páginas de Monumenta: caridad, verdadero amor de Padre, para con los novicios, para con los enfermos, para con los tentados. No voy a citar nada pues es suficientemente conocido de todos. Pero sí me parece oportuno aducir las palabras que escribía al P. Melchor Carneiro, nombrado Obispo para la misión

<sup>71</sup> Const. 671.

<sup>72</sup> Const. 664.

de Etiopía, porque nos dan la formulación ignaciana de la teoría de la unión: *Tened por cierto que os hemos de tener siempre en las entrañas, apretándose tanto más la unión interior cuanto más os alejáis de la presencia exterior*<sup>73</sup>. Al P. Godinho, que estaba pasando una mala temporada, le asegura: *os tengo muy dentro del alma*<sup>74</sup>. El P. Luis González de Cámara, su confidente para la Autobiografía, dejó de él esta semblanza en el Memorial que escribió viviendo aún San Ignacio: *Siempre es más inclinado al amor, imo tanto, que todo parece amor*<sup>75</sup>.

28. 'Unidos por el amor estando dispersos' tiene también un inigualable exponente en el más lejano de los dispersos, Francisco Javier. El impetuoso navarro, perdido en las lejanías de otro mundo, se siente unido a toda la Compañía por un amor que expresa en frases tan frecuentes y de tal carga afectiva, que parecen inverosímiles en un hombre de su capacidad de acción. Javier dice que *está ausente sólo en el cuerpo, presente en el ánimo*<sup>76</sup>. Toda la teoría de la unión y la dispersión está en esta frase de Javier: *Dios que por su misericordia nos ayuntó y por su servicio nos separó ...*<sup>77</sup>. Javier lleva consigo recortados los trozos de las cartas que recibe con las firmas de los compañeros, escribe a San Ignacio *puestas las rodillas en el suelo, como si presente os tuviese*<sup>78</sup>. Escribe *Al Padre Ignacio y a los demás hermanos de la queridísima Compañía de Jesús que están en Roma o en cualquier parte del mundo ... que en esta vida tan apartados unos de otros andamos por su amor*<sup>79</sup>. Javier, tan consciente de su lejanía que suele firmar sus cartas llamándose *hijo menor en destierro mayor*<sup>80</sup>, se siente afectivamente íntimamente unido con todos por el amor. *Cuando leí las últimas palabras y consolaciones de su carta — escribe a Ignacio — « Todo vuestro, sin poderme olvidar en tiempo alguno. Ignacio », así como con lágrimas leí con lágrimas las escribo, acordándome ... del mucho amor que siempre me tuvo y tiene ...*<sup>81</sup> « No fué en Roma sino en las lejanías de la dispersión donde se escribió esta frase, insuperable: *Paréceme que Compañía de Jesús quiere decir compañía de amor y conformidad de ánimos*<sup>82</sup>. Javier, su autor, no había leído las Constituciones — que ni siquiera estaban aún escritas — Pero había vivido con Ignacio.

<sup>73</sup> Roma, 26 de febrero de 1555. MHSI. Epp. VIII p. 489-90. BAC 967.

<sup>74</sup> Roma, 31 de enero de 1552. MMSI. Epp. IV p. 126. BAC 823.

<sup>75</sup> LUIS GONZÁLEZ DE CÁMARA. *Memorial*, n. 86. MHSI. FN I p. 579.

<sup>76</sup> Lisboa, 18 de marzo de 1541. MHSI. Epp. Xav. I p. 78.

<sup>77</sup> Cochín, 15 de enero de 1544. MHSI. Epp. Xav. I p. 176.

<sup>78</sup> Cochín, 12 de enero de 1549. MHSI. Epp. Xav. II p. 16.

<sup>79</sup> Cochín, 20 de enero de 1548. MHSI. Epp. Xav. I p. 395.

<sup>80</sup> Cochín, 29 de enero de 1552. MHSI. Epp. Xav. II p. 293.

<sup>81</sup> *Ibid.* p. 287.

<sup>82</sup> Cochín, 12 de enero de 1549. MHSI. Epp. Xav. II p. 8.

29. Fomentar ese conocimiento y amor mutuo entre los dispersos era una preocupación constante de Ignacio, cuando la Compañía se iba dilatando por el mapa de Europa y Asia. Nadal sabía que colaborar en ello era parte de su misión. Iba en ello la identificación y la unión. *La caridad hace conocer 'practice' la Compañía* — decía a los jóvenes escolares de Alcalá. *Y para este fin ayuda el amor del mismo Instituto, que améis a toda la Compañía, a los de las Indias, de Alemania, de Italia, y a todos los de esta Congregación; que haya entre todos una unión y hermandad como entre miembros de un mismo cuerpo. Este amor hace todo lo que hay en la Compañía fácil y suave*<sup>83</sup>.

30. 6. *La caridad conserva y aumenta la Compañía*. La unión de los ánimos, nacida de la caridad, es condición para la conservación y aumento de la Compañía, *tanto del cuerpo, id est, de lo exterior, pero aun del spiritu della y para consecución de lo que pretende*<sup>84</sup>. Toda la décima parte de los Constituciones está dedicada a este tema. Entre los medios que asegurarán el aumento y conservación figura *specialmente la caridad*<sup>85</sup>. Esta idea, en las últimas páginas de las Constituciones, abrocha perfectamente con el primer número del Proemio en que se reconoce que la Bondad de Dios es la que ha de conservar y regir a la Compañía, y que nuestra cooperación a ello ha de ser por la interior ley de la caridad. Se cierra así, con una exaltación de la caridad, el círculo de las Constituciones, de la misma manera que los Ejercicios comienzan purificando al hombre en sus afectos y culminan en la exaltación del amor. No podía ser de otra manera. *Esta ley de la caridad, impresa en nuestros corazones, ayuda sobremanera a la conservación y aumento. Ningún otro espíritu alentó el nacimiento de la Compañía que este de la caridad y amor*<sup>86</sup>.

31. 7. *Caridad apostólica*. Si tratando de la intimidad trinitaria de Ignacio vimos que la suya fue una mística que le llevaba a la acción, otro tanto debemos decir de su caridad. El amor/caridad de Ignacio se convierte en celo apostólico. Pero no es de esto de lo que quiero tratar, sino del fundamento de ese celo: de la expresa formalidad de amor sentido para con los hombres, de una caridad directa hacia 'los prójimos'. El amor de Ignacio parte del deseo de que todos los hombres conozcan el infinito amor de Dios y le correspondan. En eso consiste la propagación del Reino y la reconducción de todas las cosas al Padre. Ignacio ama a Dios en los hombres y a los hombres en Dios. La Compañía que él funda sobre

<sup>83</sup> NADAL. *5a. Plática de Alcalá*. MHSI. Nadal. Comm. de Inst. p. 348.

<sup>84</sup> Const. 813.

<sup>85</sup> Ibid.

<sup>86</sup> NADAL. *Adhort. in Hispania*. MHSI Nadal. Comm. de Inst. p. 83.

estas premisas no tiene más fuerza que la que pueda venirle de una ardiente caridad.

32. 8. *La caridad, fin de la Compañía*. La caridad en acción, universal, sin límites en el espacio, en el modo o en los medios es, pudiéramos decir, lo que especifica a la Compañía entre los Institutos religiosos de vida contemplativa o mixta, con quienes en común el deseo de salvación y perfección de las 'ánimas Propias' y del prójimo. Nadal<sup>87</sup> quería que los jesuitas tuviesen bien clara esta idea. Sin esa proyección apostólica de nuestra caridad y amor, no tendría justificación la fundación de la Compañía. *La perfección de nuestro estado no la ponemos en la contemplación o la oración como si fuesen los únicos medios con que ayudar a los prójimos, quedándonos sentados en nuestros aposentos, aunque en esto consista la perfección de las órdenes monacales. A nosotros nos espolea la caridad*<sup>88</sup>. Más explícito aún: *El Padre celestial ha fijado a la Compañía como fin la plenitud y perfección de la caridad*<sup>89</sup>.

33. Nadal se enardece cuando toca este tema y, por cierto, lo hace en todos los lugares y ante todos los auditorios a los que explica las Constituciones. Meter bien claro en las mentes y corazonas de los jesuitas la alteza del fin de la Compañía, era fundamental para que se identificasen con el auténtico espíritu de ella. Es evidente su complacencia cuando afirma una y otra vez que *el fin de la Compañía es el mismo que el de Cristo*<sup>90</sup>. *Se nos ha dado el fin más perfecto posible, a saber, el mismo que el Padre celestial señaló a su unigénito Hijo en su encarnación, en su vida, muerte y resurrección [...]/ la salvación y perfección de las almas procurada con una caridad plena y perfecta*<sup>91</sup>. El entusiasmo de Nadal no conoce límites: *La perfección que buscamos, ¿cuál pensáis que es?. No es la pobreza, ni la castidad, ni la obediencia*<sup>92</sup>. A los estudiantes de Colonia les decía lo mismo: *Nuestro fin no es la pobreza, la castidad o la obediencia, sino la caridad y su perfección o, de otro modo, la mayor gloria de Dios y el amor del prójimo. La pobreza, etc, no son más que medios*<sup>93</sup>. En fin, el mesurado mallorquín que es Nadal se exalta y entra en una zona literaria que no es habitualmente la suya: *Es un fin perfectísimo este de referirlo todo a la caridad divina o mayor gloria de Dios. Esto está clarísimo en todas las Constituciones. Otros hacen todo a gloria de Dios; nosotros, a*

<sup>87</sup> *Inspiración Trinitaria del Carisma Ignaciano*, n. 77.

<sup>88</sup> NADAL. *Annot. in Ex.* MHSI Nadal. Comm. de Inst. p. 140, n. 16.

<sup>89</sup> *Ibid.*, n. 17.

<sup>90</sup> NADAL. *Adhort. in Hispania, 1544*. MHSI Nadal. Comm. de Inst. p. 83, n. 118.

<sup>91</sup> NADAL. *Annot. in Ex.* MHSI Nadal. Comm. de Inst. p. 139, n. 14.

<sup>92</sup> NADAL. *5a Plática de Alcalá*. MHSI Nadal. Comm. de Inst. p. 333, n. 90.

<sup>93</sup> NADAL. *Exhort. Colonienses*. MHSI Nadal. Comm. de Inst. p. 791, n. 29.

*la mayor. Es como una llama!*<sup>94</sup>. Bella frase literaria. Pero no nos extraña: el mismo Ignacio, de cuyo estilo todo el mundo se siente autorizado a sonreír, consigue por una vez al menos una feliz expresión literaria cuando, para consolar a un administrador que añoraba los ministerios sacerdotales, le asegura que esa ocupación, tomada por obediencia, puede ser de tanto valor como la contemplación e incluso *más aceptada como procedente de una más violenta y fuerte caridad*<sup>95</sup>.

34. 9. *Caridad asistencial*. La caridad para con los prójimos se ejerce, ante todo, procurándoles su bien espiritual y con medios que son específicamente espirituales. La Fórmula del Instituto, n. 3, y las Constituciones lo determinan con claridad meridiana. Es una consecuencia de la nota esencial de la sacerdotidad de la Compañía. Pero las obras de misericordia corporales también están previstas *cuanto permitieren las espirituales que más importan*<sup>96</sup>. Es la 'discreción' del General la que debe regular la distribución de las 'fuerzas' de la Compañía; *tendrá siempre ante los ojos el mayor servicio divino y el bien universal*. El equilibrio deberá tener en cuenta los tres pares de valores que Ignacio señala al dar las orientaciones para la selección de ministerios: *bienes espirituales - bienes corporales; cosas de mayor perfección - de menor perfección; cosas en sí mejores - cosas menos buenas. Siempre deben preferirse las primeras a las segundas*<sup>97</sup>.

35. Nadal, explicando el Instituto, se extendía así en esta idea: *En resumen: nada de lo que la caridad puede hacer para ayudar a los prójimos queda excluido de nuestro Instituto. Pero a condición de que todo servicio (omnia ministeria) aparezca como espiritual, y que tengamos en claro que el que es propio de nosotros es el más perfecto, a saber, los puramente espirituales. No debemos descender a otros, que son inferiores, sino por necesidad, después de pensarlo mucho, con gran esperanza, con gran fruto, y con permiso de los Superiores; y, finalmente, cuando no es factible servir en lo puramente espiritual*<sup>98</sup>.

36. Pero el hecho de ser espiritual un ministerio no es criterio absoluto para que pueda ejercerse por caridad. Ignacio excluye nominalmente alguno de esos ministerios cuando trata *de las cosas en que deben ocuparse y en qué no los de la Compañía*<sup>99</sup>. Sin olvidar la reserva sobre la totalidad de las prioridades de selección que su-

<sup>94</sup> Ibid. p. 785, n. 13.

<sup>95</sup> Carta al P. Manuel Godinho. Roma 31 de enero de 1552. MHSI Epp. IV p. 126. BAC p. 824.

<sup>96</sup> Const. 650.

<sup>97</sup> Const. 623.

<sup>98</sup> NADAL. *Annot. in Ex. Nadal*. Comm. de Inst. p. 141, n. 20.

<sup>99</sup> Const. 582.

pone la cláusula *caeteris paribus* que repite dos veces (nn. 622, 623), indicando en una de ellas que se aplica a todo cuanto sigue, y el valor que confiere a la situación urgente y de emergencia, que exige una atención preferencial. Las calamidades — hambres, pestes, desastres, catástrofes — exigen de nuestra caridad un socorro que no admite espera.

### 37. *La caridad asistencial de Ignacio*

La conducta de San Ignacio tiene un decisivo valor magisterial para nosotros. Su actuación como General es el indispensable 'ejercicio práctico' de las Constituciones que debemos asimilar. E Ignacio nos enseña con sus obras la primacía que, en determinadas circunstancias, puede y debe tener la caridad, incluso en iniciativas asistenciales, en el conjunto de la actividad apostólica de la Compañía.

*Socorro a los hambrientos.* El invierno de 1538, el segundo que pasaban en Roma los primeros compañeros, ha quedado en la historia como «el invierno del hambre». Se estaba en economía de guerra. La cosecha había sido prácticamente nula. Los problemas de Ignacio eran inmensos: la difamación de los calumniadores amenazaba dar al traste con la fundación de la Compañía, y debe pasar el día en las antecámaras y tribunales hasta obtener el 18 de noviembre la sentencia absolutoria. Otro problema: esos mismos días caduca el año de espera a que les obliga el voto de peregrinar a Jerusalén y viven intensamente la preocupación por su futuro. Esa semana, entre el 18 y el 23 de noviembre, dan el trascendental paso de presentarse a Paulo III. Por si fuera poco, Ignacio trae entre manos, a nivel personal, un asunto de la mayor importancia: celebrar su primera misa, porque, descartada la ida a Jerusalén, desaparece la causa de la dilación de su subida al altar. ¿Podemos imaginarnos la intensidad espiritual con que Ignacio se prepara a este encuentro con Cristo?. Pues esas son las circunstancias en que él y sus nueve compañeros se dedican absorbentemente al socorro de los hambrientos de Roma. Fué una experiencia tan intensamente vivida que todas las primeras fuentes históricas de la Compañía se detienen en referirla detalladamente<sup>100</sup>. De su nuevo domicilio — la casa de Antonio Frangipani, junto a la Torre del Melángolo — salían apenas apuntaba el sol a mendigar pan, leña, paja para hacer jergones, y lo transportaban todo a hombros hasta su pobre vivienda. Volvían a salir a recoger a los mendigos y gente famélica que, literalmente, yacía en el fango de las calles de Roma, y los reunían y

<sup>100</sup> Laínez, Polanco, Simón Rodríguez, etc. (Cfr. FN I, pp. 126, 199, etc.) y el mismo Ignacio (MHSI. Epp. I, p. 218).

acomodaban como podían, hasta 400 de ellos simultáneamente, o les daban una ración de comida. Más de 3.000 llegaron a socorrer en una ciudad que entonces apenas contaba con 40.000 habitantes<sup>101</sup>.

38. *Los grupos oprimidos y explotados*. Ignacio no se contenta con la caridad asistencial individual. Su intuición le hace descubrir la miseria colectiva de grupos sociales bien definidos. Su caridad le impulsa a esforzarse por conseguir para ellos un trato más justo por parte de las estructuras.

a) *Los hebreos* en Roma eran numerosos, y su judería abundaba en tipos poderosos y miserables. Por convicción, conveniencia o presión, no eran pocos los que se hacían bautizar. La injusticia estaba en que, como muestra de su total rompimiento con el pasado, en el momento del bautismo habían de renunciar a todos sus bienes y entregarlos al fisco. Tal expolio no sólo dificultaba o impedía las conversiones, sino que era un latrocinio legalizado. Ignacio trabajó, interpeló, movió influencias y consiguió que en marzo de 1542 Paulo III expidiese el Breve 'Cupientes Iudaeos' que permitía a los judíos bautizados retener sus posesiones.

No se contentó con eso. Pasando por encima de todos los prejuicios de época, los protegió y ayudó personalmente en cuanto pudo. Comenzó recogiénolos en la propia Curia junto a la Capilla de Santa María de la Estrada, y más tarde consiguió de su dirigida 'Madama Margarita', hija del Emperador Carlos, la fundación de sendas casas de acogida para conversos y conversas. Ignacio se lo cuenta a Javier en una carta llena de gozo, y añade: *repartimos por los neófitos todas las camas y ajuar de la casa que teníamos y la limosna que así mismo pusimos en depósito para el mismo efecto. Seyendo esta obra tan bien ordenada, y con autoridad apostólica confirmada, esperamos en el Señor nuestro llegar a otras*<sup>102</sup>. Tal era la caridad de Ignacio. No debían andar muy sobrados de ajuar en la superpoblada casa de la Estrada, y lo dió todo. Cuando está floreciente el campo que él ha roturado, lo pasa a otras manos para dedicarse él a abrir otros nuevos. Tal era su sistema, tal su concepción de la ayuda.

39. b) *Los mendicantes*. En Roma se había prohibido la mendicidad que entonces como ahora, allí como en otras partes, era una plaga en que se mezclaban la auténtica necesidad y la truhanería. Pero una prohibición indiscriminada venía a agravar más aún la situación de los pobres auténticos de aquella época en que no había seguridad social, subsidio de desempleo o pensiones de vejez. Pobres, enfermos, ancianos, inválidos, abundaban en las calles de Roma. Ignacio socorre a los que puede, y, para todos, obtiene del

<sup>101</sup> TACCHI VENTURI. *Storia della Compagnia* ... II/1, p. 166.

<sup>102</sup> MHSI. Epp. I, p. 269

Papa el Breve 'Dudum per Nos' (1542) que mitiga la prohibición, y establece la Compañía de los Huérfanos que habrá de ocuparse de distinguir entre los « pobres enfermos o impedidos de cualquier forma » y los « válidos y capaces » para el trabajo.

40. c) *Las cortesanas*. Clase explotada, mantenida y despreciada por una sociedad hipócrita. También hacia ellas vuelve Ignacio su caridad, para librarlas, como grupo, de la injusta estructura a que estaban sometidas. Ya había otras instituciones que las socorrían. Pero era injusto que sólo admitiesen a las que aceptaban pasar como penitentes a una orden religiosa para el resto de sus vidas. Ignacio denuncia que eso hace difícil y costoso el convertirse, y que es una coacción contra la libertad de la persona. Funda su propia obra, la de Santa Marta, y allí admite a las que quieren ingresar como religiosas penitentes, y también a otras, casadas o solteras, especialmente las que en Roma se llamaban « cortesanas honradas » frecuentadas por la nobleza, y atendía a todas hasta que se llegaba a una solución definitiva: reunión con el marido, matrimonio de las solteras, religión, o una colocación honesta. *Hermoso espectáculo* — escribe Ribadeneira — *ver al santo viejo caminar delante de una de aquellas pobrecillas, joven y hermosa, como abriéndole camino*<sup>103</sup>. Conforme a su sistema, Ignacio funda también un sodalicio, la Compañía de la Gracia, que lleve adelante la obra. Y consigue su erección canónica por la Bula de 16 de febrero de 1543. Ignacio saca dinero de su pobreza para financiar la nueva institución. Pero a costa de cuántos trabajos! Su casa de S. María de la Estrada rebotaba jesuitas, el dinero era escaso. Y sin embargo, cuando el administrador, Codacio, descubre en el desmante de S. Andrea de la Fracta enormes bloques de piedra y mármol, resto de monumentos romanos, Ignacio tiene un arranque más de caridad: *Vendedme esas piedras que habéis sacado y hacedme de ellas hasta cien ducados!*<sup>104</sup>. Aquella suma considerable, y más en las circunstancias financieras de Ignacio, fué íntegra a la casa de Santa Marta.

41. d) *Las jóvenes en peligro*. Apenas puesta en otras manos la obra de Santa Marta, Ignacio, siguiendo su sistema, emprende otra nueva: la 'Compagnia delle Vergini miserabili', obra de prevención, de protección social de la mujer, diríamos hoy. Ignacio anima a inscribirse en ella a personas pudientes y caritativas y logra el reconocimiento pontificio. Ignacio igualmente establece un grupo de 12 hombres de confianza a través de los cuales distribuye ayuda a pobres vergonzantes. Con ellos nace la Compañía del Santísimo Sacramento, bajo la supervisión del General de la Compañía.

<sup>103</sup> RIBADENEIRA. *De actis P. N. Ignatii*. MHSI FN II, p. 346.

<sup>104</sup> RIBADENEIRA. *Vida de N. P. San Ignacio*. MHSI FN IV, p. 411.

Yo me pregunto cuál sería hoy la actitud de Ignacio ante los desastres de nuestra época: los fugitivos del mar, las multitudes hambrientas en el cinturón del Sahara, los refugiados y emigrados forzosos. O ante las miserias de esos grupos bien definidos de víctimas de una explotación criminal de la peor parte de nuestra sociedad: los drogados, por ejemplo. ¿Sería equivocado pensar que él en nuestro tiempo hubiera hecho más, hubiera hecho las cosas de otra manera que nosotros?

43. *La experiencia ignaciana de la caridad.* A esta inteligente práctica de la caridad, Ignacio había llegado por dos caminos: por el de la experiencia personal, y por la opción espiritual. Ignacio había sido pobre, voluntariamente pobre, sufriendamente pobre, auténtico mendigo. Y había aprendido a valorar la caridad en la experiencia de su necesidad. Las calles de Manresa, Barcelona, Alcalá, Salamanca y París, los puertos de Barcelona, Jaifa o Gaeta, los caminos de Flandes o Inglaterra, los ha recorrido pidiendo para malcomer. Y ha renunciado a los remanentes de las limosnas cuando ha sentido necesidad de hundirse más en las providentes manos de Dios. Si alguna vez retiene donativos, durante los estudios, es por el convencimiento de una 'caridad ordenada y discreta' que usa para consigo mismo. Pero escribe, ya en 1536, que su deseo es permanecer *siempre en estado de predicar en pobreza, y no con la largueza y embarazos que al presente con el estudio tengo. Y en señal de lo que digo, acabado mi estudio, luego enviaré allá donde estáis los pocos libros que tengo y tuviere*<sup>105</sup>. Ignacio había vivido el valor de la caridad ajena desde la pobreza propia. Siendo ya General de la Compañía, volcaba su propia caridad sobre la pobreza ajena.

44. Nada tiene de extraño que la caridad sea un punto constante de referencia en su magisterio espiritual. No diré nada aquí de la pobreza como opción espiritual tal como se presenta en los Ejercicios o como está institucionalizada en las Constituciones. Pero se debe aludir, siquiera sea de pasada, al puesto que la caridad tiene en su epistolario. En las cartas que dirige a sus parientes de Loyola, a sus primeros bienhechores barceloneses, a sus protectores, a sus simples dirigidos, — grandes señores o de humilde condición —, a los jesuitas esparcidos por Europa o Asia, la limosna, la visita a los hospitales, las cárceles, el socorro a los necesitados, ocupa frecuentísimamente un destacado lugar. Por supuesto, recomendaciones en esta línea no faltan nunca en las instrucciones con que envía a alguien a una 'misión', sea Trento, Alemania, Inglaterra o Sicilia, o la fundación de las casas y colegios. Llegaría incluso a parecer

---

<sup>105</sup> Carta a Jaime Cassador. Venecia 12 de febrero de 1536. Epp. I 93-99. BAC 655.

que ningún ministerio, por espiritual que sea en sí mismo, puede considerarse completo si no va complementado con obras de caritativa asistencia. Y viceversa. Porque es cierto que el verdadero ejercicio de la caridad con el prójimo es para Ignacio el celo apostólico, el ansia de procurarle la salvación y perfección; pero no es menos cierto que Ignacio ama al hombre todo entero como le amó el Señor por quien ama.

## II

## LA RAÍZ Y EL CIMIENTO

45. *Un solo objeto de la caridad.*

Ignacio supo unificar perfectamente su amor a Dios, *amor intensísimo todo al amor de la Santísima Trinidad*,<sup>106</sup> con el amor a los prójimos. Ese es el modelo de caridad que los Ejercicios y las Constituciones piden de nosotros. Tal integración de la caridad fué la que promulgan y vivieron el apóstol del servicio al prójimo, Pablo, y el apóstol del amor de Dios, Juan.

*Pablo*, como Ignacio, fué un converso, apasionado por Cristo, a quien demuestra su amor en un intenso servicio de defensa y propagación de la fe. En sus cartas, sin embargo, son pocos los textos que declaran expresamente tal amor. Son otros los verbos que emplea: vivir para Cristo, caminar hacia Cristo, anatema a quien no ame a Cristo, etc. Pero es un amor que le lleva a servir a los hermanos, a los que ama con igual intensidad. Esa tensión se transparente en uno de sus más bellos textos: *Me siento apremiado por las dos partes. Por una parte ansío partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente es, con mucho, lo mejor. Pero, por otra parte, seguir viviendo es lo más necesario para vosotros*<sup>107</sup>. Pablo está seguro de que seguirá con ellos. Es que, como dice a los Corintios, si siente el apremio del amor de Cristo, es precisamente pensando que ha muerto por todos, *para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*<sup>108</sup>: El amor de Cristo tiene un contenido apostólico, y, por ello, Pablo no tiene mejor manera de saciar su sed de identificación con Cristo que entregándose al servicio de los hombres, concretamente de los 'gentiles'. En todos los hombres se da la justificación de ese servicio, porque en todo hombre, y concretamente en el débil, hay *un hermano por quien murió Cristo*<sup>109</sup>.

<sup>106</sup> *Diario*, p. 106.

<sup>107</sup> Fil 1,23.

<sup>108</sup> 2Cor 5,14.

<sup>109</sup> 1Cor 8,11.

46. La doctrina de Juan es idéntica, y en un encuadre más explícitamente trinitario, porque es más explícita también la relación entre el Padre, el Verbo y los hombres: *Tanto amó Dios al mundo que dió a su único Hijo para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*<sup>110</sup>. Es en el seno de la Trinidad misma donde se verifica primariamente esa inserción de los hombres en el amor divino: *El Padre me ama porque doy mi vida*<sup>111</sup> y *el Padre os ama porque me amáis a mí*<sup>112</sup>. Es una idea en que Juan insiste: *el que me ame, será amado por mi Padre*<sup>113</sup>, y que expresa enfocándola desde todos los ángulos: *como el Padre me amó, así os he amado a vosotros*<sup>114</sup>. Pues este mismo Juan que tan claramente enuncia la relación de amor entre el Padre, el Hijo y cada hombre, es el que adiciona a este amor el amor/caridad a los hermanos, en lo que constituye el mandamiento que Jesús llama 'mío' y 'nuevo'. Cristo, que emparejó el mandamiento del amor fraterno al mandamiento primero del amor de Dios<sup>115</sup>, parece que invierte los términos: es preciso amar a los hermanos para poder decir que se ama a Dios. Amamos al prójimo, no sólo como Cristo nos ha amado, sino porque Cristo nos ha amado; y, amando al prójimo amamos a Cristo y al Padre. Juan nos da la explicación de Jesús: él deja el mundo pero permaneciendo en cada uno de nosotros. Por eso debemos permanecer unidos: porque nos unifica su presencia. Debemos ser 'uno' como él y el Padre son uno<sup>116</sup>. Esta unión por el amor será el testimonio por el que el mundo ha de llegar a creer que el Hijo ha sido enviado<sup>117</sup>. Ante ese texto de Juan, es imposible para un jesuita, no evocar la urgente llamada al amor mutuo para que la Compañía se pueda mantener unida y realizar su misión. No podría hacerse mejor glosa que transcribir el n. 671 de las Constituciones.

47. Pero es en la primera de sus cartas donde Juan se explaya acerca de la inseparabilidad del amor a Dios y a los hermanos, entendiendo amor/caridad en su versión operante de don de sí y de condivisione. La raíz teológica, — *raíz y cimiento* en la metáfora paulina — es la misma esencia divina: *Dios es amor*<sup>118</sup>. Tan absolutamente es amor, que *el amor es de Dios, y por tanto, quien no ama no ha conocido a Dios*. Un amor que consiste en darse, cuya muestra suprema ha sido *el enviarnos a su Hijo a morir como ex-*

<sup>110</sup> Jn 3,16. Cfr. 10,15 y 17,30.

<sup>111</sup> Jn 10,17.

<sup>112</sup> Jn 16,27.

<sup>113</sup> Jn 14,21.

<sup>114</sup> Jn 15,9.

<sup>115</sup> Mt 22,39.

<sup>116</sup> Jn 17,11.

<sup>117</sup> Jn 17,21-23.

<sup>118</sup> 1Jn 4,8.

*piación por nuestros pecados.* Juan enuncia acto seguido esta oración consecutiva: *Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos mutuamente.* Y la conclusión final: *Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y el amor de él ha llegado a nosotros en plenitud*<sup>119</sup>. Dios, el Padre, lo ha querido así porque así tenía que ser. Ni el amor que está en él, ni el que él ha puesto en el hombre, pueden compartimentarse. Es un impulso total e indivisible en el hombre como es uno en Dios. A Dios le amamos porque nos ha dado a su Hijo, a los hermanos les amamos porque el Hijo se ha dado por ellos y está en ellos. Respondiendo al amor del Padre con el amor a los hermanos, participamos de la vida divina que es amor.

48. Esta comunión fraterna del amor mutuo en Cristo es la 'koinonía', la compartida actitud de servicio fraterno que se traduce en obras. Esta 'koinonía' que brota del amor fraterno constituye en la Compañía la globalidad de nuestra misión de ayudar a los hombres a 'crear' — en el sentido joánico de proclamación de la fe y entrega a Cristo — propagando la fe, y de ayudarlos a amarse mutuamente promoviendo entre ellos la justicia. El amor fraterno es la expresión de nuestra filiación divina: *El que ama a aquel que da el ser, ama también a los que él ha engendrado. Consecuentemente, si amamos a Dios, cumpliremos lo que nos ha mandado y amaremos a sus hijos*<sup>120</sup>. No se puede amar a Dios en solitario, ni en abstracto. Es un amor trilateral. Amar a los hermanos, y demostrárselo con obras, no es un postizo, un añadido al amor de Dios, que lo completa. Es un constitutivo exigido en la noción misma de amor de Dios.

49. Pero es necesario hacer también la declaración inversa: no hay auténtico amor a los hombres, desde nuestra realidad de cristianos, sin amor de Dios. No es un amor de 'filantropía' el que se nos pide, sino de 'filadelfía', de fraternidad. En cada hombre, en sus circunstancias concretas, hay un valor que no depende de mí, y que le hace semejante a mí. Dios está dentro de él, con su amor, esperándome, y esto es una llamada que no puedo desatender. Negar a un solo hombre el amor — y el servicio que el amor comporta — es negarse a reconocerle su dignidad y, al mismo tiempo, abdicar de la propia, que no tiene mejor fundamento que la de él. Es trascendental tener clara conciencia de esa paridad de dignidades entre cada uno de nosotros y nuestros semejantes, para comprender la monstruosidad que supone el odio, el abuso de la libertad ajena, la explotación, sencillamente la inmisericordia. La 'anomía', el des-

<sup>119</sup> 1Jn 4,12.

<sup>120</sup> 1Jn 5,1.

dén por la ley y su conculcamiento generalizado, el imperio del egoísmo, tiene su más clara condenación en el 'agapé', el amor desinteresado y activo que debe reinar entre todos los hombres. En los conflictos de intereses inevitables en las complicadas relaciones humanas, la solución hay que basarla en los valores que nos unifican a todos, reconociendo que sobre los derechos ciertos de los unos grava la hipoteca de las necesidades ajenas. Dios recibe en los otros el amor que le tenemos, y acepta y exalta como servicio el sacrificio de lo que, recibido como hijos, cedemos en aras de la fraternidad. La presencia de cada hombre ante mí viene a ser, trascendentalmente, una forma de la presencia de Dios, y mi aceptación del hermano viene a ser la aceptación implícita de Dios. Es, como alguna vez se ha dicho, 'el sacramento del prójimo' <sup>121</sup>.

#### 50. Caridad y fe

El amor de Dios al hombre precede a nuestra fe y no depende de ella. *La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando aun éramos pecadores* <sup>122</sup>. En nosotros, en cambio, la caridad teologal supone la fe, y sólo en la caridad alcanza la fe su plenitud. *Estando ya unidos a Cristo, lo que cuenta no es estar circuncidados o no, sino la fe que actúa por la caridad* <sup>123</sup>. La fe da sentido a nuestra caridad, pero es la caridad la que actúa, informa, nuestra fe. Cuando Cristo estimula nuestra fe en él y en el Padre para que 'conozcamos', lo que nos pide no es solamente un aserto testimonial, una confesión, sino una aceptación de su identidad de Enviado y de Hijo, una recepción de su mensaje de conversión, y que guardemos sus mandamientos <sup>124</sup> especialmente el mandamiento nuevo, el suyo. A nosotros, jesuitas, una vez más, esta melodía nos suena familiar: ¿no nos recuerda el ritmo ignaciano en tres tiempos « conocimiento interno del Señor — para más amarle — y seguirle »?. El 'conocimiento interno' de Ignacio no es otra cosa que 'la fe', el 'creer', el 'conocer' de Juan, y al igual que en Juan lleva inexorablemente a la acción, al servicio. Ese es el verdadero significado del aserto de que el jesuita tiene que ser 'homo serviens', el hombre del servicio divino y del servicio fraterno.

51. Invoco de nuevo la similitud con la experiencia espiritual de Pablo. *Vivo esta vida mortal en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a la muerte por mí* <sup>125</sup>, una fe que, como dirá poco después, *se muestra en acción por la caridad*. Pablo se habría sentido

<sup>121</sup> Cfr. J. ALFARO. *Cristología y Antropología*. Madrid, 1973.

<sup>122</sup> Rom 5,8.

<sup>123</sup> Gal 5,6.

<sup>124</sup> 1Jn 5,2-3.

<sup>125</sup> Gal 2,20.

traidor a la fe recibida en el camino de Damasco si no la hubiera puesto al servicio de su misión. La fe lleva en sí el germen de la misión. Fue el caso de Abraham. Y, en su tanto, el caso de Ignacio. Para ellos, las obras que nacen de la fe son un designio de lo alto. En la medida de la gracia que es comunicada a cada hombre, ese es también el designio de la fe que le es dada. La idea es de Pablo: *Pido a Dios que con su poder os ayude a realizar vuestros deseos de hacer el bien y haga perfectas las obras que nacen de vuestra fe*<sup>126</sup>. La vitalidad de la fe, su potencial al estar informada por la caridad, es uno de los argumentos a que apela más frecuentemente y con más energía para realizar *el plan de Dios fundado en la fe. Lo que pretendo con esta advertencia es conseguir que brote en ti el amor que procede de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sincera*<sup>127</sup>. La misma yuxtaposición aparece en la carta a Filemón: *Oigo hablar de tu caridad para con los demás y de la fe que tienes en el Señor Jesús y para bien de todos los santos. Que la fe que tienes se demuestre eficaz*<sup>128</sup>.

52. Juan comparte esta doctrina. Los dos amores que para él son inseparables, el de Dios y el de los hermanos, nacen de la fe. La fe forma parte integrante del 'mandamiento' del Padre: *Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros como él nos lo mandó*<sup>129</sup>. Para Juan 'creer' es conocer, es adentrarse en Cristo y participar en su vida, su acción y su mensaje. Y, al mismo tiempo, es dejarse penetrar por él. De ahí que la fe en Juan exija necesariamente el amor y las obras del amor, las obras de la caridad: *Quien ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios*<sup>130</sup>. Fe y caridad son inseparables en la convicción de Juan.

Dígase lo mismo del apóstol Santiago. En un estilo más dramático que epistolar, llega a imaginar el diálogo del que sólo tiene fe con quien la traduce en obras. La frase con que concluye el diálogo, entretejido de argumentos y réplicas, es bien conocida: *Como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe: sin obras está muerta*<sup>131</sup>.

53. Por supuesto, que las obras a que Juan, Pablo o Santiago se refieren son muy diversas: incluyen la piedad, la rectitud, la paciencia, la valentía para el testimonio, el uso de los dones del Espí-

<sup>126</sup> 2Tes 1,11.

<sup>127</sup> 1Tim 1,5.

<sup>128</sup> Fil 5,6.

<sup>129</sup> 1Jn 3,23.

<sup>130</sup> 1Jn 4,7-8.

<sup>131</sup> Sant 2,17 y 26.

ritu. Pero se refieren también, muy explícitamente a la caridad: *El que cree, ama a Dios; y el que ama a Dios, ama a los que han nacido de él. Si alguno dijese «Yo amo a Dios» y no amase a su hermano, sería un mentiroso, pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve*<sup>132</sup>. Incluye también — y son tantos los que lo olvidan! — la observancia de los mandamientos, como el mismo Juan nos dice en este texto que complementa el anterior: *Conocemos que amamos a los hijos de Dios si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos*<sup>133</sup>. Tan firme es esta convicción en Juan que añade seguidamente: *Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. Una fe que obra por la caridad. Porque si la fe sin obras no es verdadera fe, también es cierto lo contrario: la caridad sin fe tampoco es caridad. Para Pablo esto es inconcuso. Toda su argumentación contra Israel se funda precisamente en la insuficiencia de las obras basadas en la ley cuando ya ha llegado la hora de la fe. Es la fe la que les da el valor: Los gentiles, que no buscaban la justicia, la han hallado — la justicia de la fe — mientras que Israel, que buscaba la justicia por medio de la ley, no la halló. ¿Por qué? Porque no la buscaba en la fe, sino en las obras*<sup>134</sup>.

54. Este diagnóstico paulino conserva una impresionante actualidad. Sé muy bien que él, en ese texto, se refiere a la justificación. Pero conserva todo su valor en cuanto condena una salvación que los hombres nos empeñamos en obtener personalmente — e imponerla a los demás — a base de obras, de proclamación de derechos e imposición de deberes. Nos olvidamos que es la fe la que justifica, la que hace libres, la que florece en caridad y da sentido a las obras. La fe sin obras es fe muerta. Pero las obras sin la fe y sin la caridad que la anima no es más que sociologismo bienintencionado, filantropía. Intentar resolver los problemas gravísimos de esta época con soluciones económicas, tecnológicas o políticas de las que está ausente la fe sostenida por la caridad, es acumular obras sobre obras, pero no 'sicut oportet'. Tales soluciones, en el mejor de los casos, resuelven o mitigan los niveles corticales del problema: los aspectos materiales. Pero dejan intacto el núcleo: no llegan al fondo del hombre, al reconocimiento de sus más profundos valores cuya falta de desarrollo o cuya negación es el origen de los problemas.

#### 55. *Caridad y justicia*

Es un 'signo de los tiempos' el clamor generalizado por la justicia: la reclaman, desde situaciones sumamente dispares, centenares

<sup>132</sup> 1Jn 4,19 a 5,1.

<sup>133</sup> 1Jn 5,2-4.

<sup>134</sup> Rom 9,30-32.

de millones de hombres y mujeres de todo continente y raza. Oyendo a la otra parte, a la que redacta la ley y define qué es lo justo, parece que todo, o casi todo, ha sido hecho del mejor modo que las circunstancias consienten. Y, sin embargo, nunca es tan patente como hoy la insuficiencia de los ordenamientos jurídicos para satisfacer esa hambre y sed de justicia. Al separarse derecho y moral, la justicia pierde su dimensión ética y se ramifica en 'justicias' parciales y subjetivas. La concepción que no pocos estados modernos se hacen del derecho, no está lejos del « *ius, quia iussum* », sancionando el divorcio entre lo que es legal y lo que es justo. La ley, por sí sola, no puede ser la fuente del derecho, porque hay derechos antecedentes a toda ley. Y la justicia está allí donde existe uno de tales derechos. Cuando un derecho dado por Dios es desconocido o reprimido por una injusticia 'legal', provoca la reacción de una 'justicia' ilegal. No toda justicia legal es objetivamente justa. Reducir la distancia que separa justicia y derecho, es uno de los objetivos primarios de todo progreso social y auténticamente humano. Y eso no podrá lograrse mientras el derecho y la justicia no estén informados por la caridad.

56. Pero hay también una caridad aparente que es un disfraz de la injusticia, cuando más allá de la ley se concede a otro, por benevolencia, lo que le es debido en justicia. Es la limosna como subterfugio. De estas dos aberraciones — una falsa justicia y una falsa caridad — ofrece numerosas muestras nuestra época. Las tiranías que imponen una ley contra el derecho y los paternalismos que tienden 'caritativos' planes de ayuda en sustitución de una política de justicia, son dos lesiones que hacen imposible el establecimiento entre los hombres de la fraternidad y la paz. La ley, el derecho y la justicia no pueden separarse. Ni pueden prescindir de la caridad. El documento emanado del Sínodo de 1971, dedicado a la Justicia en el Mundo dice: *el amor del prójimo y la justicia, son inseparables. El amor es, ante todo, exigencia de justicia; es decir, reconocimiento de la dignidad y de los derechos del prójimo*. No se puede hacer justicia sin amor. Ni siquiera se puede prescindir del amor cuando se resiste a la injusticia, puesto que la universalidad del amor es por deseo de Cristo un mandato sin excepciones.

57. Entonces, ¿cuál es, exactamente, la relación entre la caridad y la justicia? Juan Pablo II la ha ilustrado en su encíclica 'Dives in Misericordia': *el amor, por así decirlo, condiciona a la justicia y, en definitiva, la justicia es servidora de la caridad*<sup>135</sup>. Es evidente que la promoción de la justicia es indispensable, porque constituye la parte inicial de la caridad. Pedir justicia, a veces, parece revolu-

<sup>135</sup> *Dives in Misericordia*, n. 4.

cionario, una reivindicación subversiva. Y, sin embargo, es tan poco lo que se pide: hace falta más. Hay que sobrepasar la justicia, para llegar a colmarla con la caridad. La justicia es necesaria, pero no es suficiente. La caridad añade a la justicia su dimensión trascendente, interior, y es capaz de seguir avanzando cuando se ha llegado al límite del terreno propio de la justicia. Porque, así como la justicia tiene un límite, y se para donde concluye el derecho, el amor no tiene confines porque reproduce a nuestra escala humana la infinitud de la esencia divina y hace a cada hombre-hermano el titular de un servicio ilimitado por nuestra parte.

58. Esa es la razón por la que quien ha asimilado la doctrina de Cristo y la vive radicalmente, no se puede contentar con resistir a la injusticia y promover la justicia en un plano inmanente y humano, sino que, necesariamente debe estar en ello movido por la caridad. La Iglesia ha progresado enormemente en su concepción de las relaciones entre ejercicio de la justicia y práctica de la caridad, y cada vez se las considera más inseparables. Porque la justicia no se mide por mi obligación únicamente, sino que tiene que tener en cuenta el derecho y la necesidad ajena; y es mucho lo que ha progresado el concepto del hombre, de sus valores y sus derechos. La doctrina de la Iglesia acerca de la libertad religiosa, o de las relaciones entre Iglesia, Estado y Sociedad son un ejemplo de esta evolución. La Iglesia vuelve hacia el hombre su mirada con intensidad siempre creciente, porque en él se encuentra con Cristo. El hombre es indivisible: los derechos que le confiere su naturaleza humana, objeto de la justicia, se entrecruzan con su derecho a la caridad por ser imagen e hijo de Dios. Procurar que se restablezca la justicia allí donde está ausente es un cristiano deber. Sin asumir ese compromiso, nuestra caridad quedaría trunca en su parte necesaria y preliminar, estaría en hibernación. No habría llegado a dolernos, ni a provocar en nosotros la respuesta de 'confraternidad' la lesión que sufren los hermanos en una carencia fundamental. Nos haríamos cómplices del 'pecado del mundo', y no habríamos seguido la consigna de Pablo: *No os acomodéis al mundo presente, antes bien, transformaos mediante la renovación de vuestra mentalidad para que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: qué es lo que está bien, qué es lo que le agrada, qué cosa es perfecta*<sup>136</sup>. Ese 'pecado del mundo' es la injusticia, y el 'gran mandamiento del mundo' es el amor promulgado por Cristo.

59. Existe una diferencia — de contornos a veces imprecisos — entre justicia y caridad. La justicia está llamada a realizar obras determinadas y condicionables, cuya ejecución puede ser controlada.

<sup>136</sup> Rom 12,2.

Son obligaciones que no exigen la entrega del hombre, sino una acción suya concreta. Sólo hay una virtud que exige al hombre todo su ser, que implica al hombre en su totalidad: es el amor. El amor no es objeto de contrato, ni una tarea a plazo fijo. El amor no es una cualidad sobreañadida, sino un impulso vital que se realimenta por el mero hecho de actuar. El amor por el prójimo no da solamente esto o lo otro — como la justicia — sino da toda la persona y se expresa en actos concretos de las demás virtudes: la beneficencia (que da de lo propio), la justicia (que le da lo suyo), la caridad (por la que se da sí mismo).

60. Quien quisiera disponer de un elenco — no exhaustivo — de los derechos humanos en cuyo rescate o en cuya promoción la caridad debe dar mano a la justicia, e incluso ir más allá, no tiene más que recorrer las páginas del documento 'La promoción de los Derechos Humanos, exigencia evangélica en el ministerio', emanado por el Sínodo de 1974. Es en el Evangelio, afirman los Obispos, donde la dignidad y los derechos humanos encuentran su expresión más plena. Y complace poder afirmar que la comprensión de cuanto es objeto de derecho humano está muy lejos de haber sido agotada. Como no sabemos aún cuál es el límite de las capacidades físicas del hombre, al ir batiendo records que parecían insuperables, no podemos fijar aún el tope a lo que una conciencia moral desarrolla, y un sentido de la fraternidad e igualdad cristiana, irán diciendo con el tiempo que es derecho del hombre. La historia de los movimientos laborales y sociales nos lo demuestra sin apelación. El respeto de los derechos y deberes del hombre son para el Concilio Vaticano II lo que constituye el bien común<sup>137</sup>. La Declaración Universal de Derechos Humanos, de 1948, da un amplio elenco de esos derechos. Sucesivos pactos internacionales aplican esos derechos fundamentales a esferas particulares. El campo de la justicia está claro. Pero cabe preguntarse si esa más clara conciencia de lo que constituye el derecho a que debe responder la justicia, contrapuesta a una realidad tan sumamente amarga, no es una contradicción decepcionante entre las expectativas y la realidad. Es sólo la caridad la que, moviendo la justicia a cubrir todo su terreno, puede evitar que la injusticia provoque las repetidas erupciones de trágica violencia que lamentamos.

#### 61. *La caridad, una justicia superior*

Así pues, la justicia, aun la justicia basada en la ley y el derecho, no basta siempre y en todas partes. Hay versiones de la justicia que no tienen en cuenta la situación existencial concreta de las personas

<sup>137</sup> *Dignitatis Humanae*, 6; *Gaudium et Spes*, 26 y 73.

y situaciones a que se aplica. Hay tipos de justicia que son la coraza protectora de intereses de parte. Una justicia, una ley, que exige demasiado poco, deja indefenso al débil y al oprimido. Una ley y una justicia violenta que exige demasiado puede convertirse en un dogal para todos. E incluso una justicia con todas las garantías de equidad, aplicada despiadadamente, puede ser inhumana. *La experiencia del pasado y de nuestros días demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite a esa forma más profunda que es el amor plasmar la vida humana en su más diversas dimensiones. Ha sido ni más ni menos la experiencia histórica la que entre otras cosas ha llevado a formular esta aserción: summum ius, summa iniuria*<sup>138</sup>. Ciertamente, no es esa la justicia que Cristo vino a traer a este mundo. Por ley todos estábamos condenados. La justicia de Cristo fué ir más allá de la ley, impulsado por la caridad. Es esta misma caridad la que entre los hombres debe complementar la justicia, convirtiéndola en una justicia superior. Es la única que puede avanzar, más allá de la simple justicia, hasta donde llega la necesidad de los hombres. Porque su cometido supera el « a todos por igual » y el « a cada uno según sus méritos » para realizar el « a cada uno según sus necesidades » que es el único criterio verdaderamente humano y cristiano. Esa justicia superior, que es la caridad, tendrá una atención preferencial por los pobres, los pequeños y los oprimidos en nombre de un derecho estricto que puede ser en realidad *la suprema injuria*<sup>139</sup>.

62. La equidad de la justicia no tiene nada que temer de la caridad, siempre que sea una justicia que ampare y defienda todos los derechos del hombre, porque no sólo no compromete su objetividad, sino que la hace más clarividente y perspicaz permitiéndola penetrar el trasfondo humano y vital de las situaciones y obrar en consecuencia. Eso es lo que queremos decir al afirmar que la caridad es una justicia superior: una justicia con un punto de perspectiva mucho más alto que se remonta a la misma perspectiva de la justicia divina, toda caridad y misericordia. Y un punto de mira también más profundo, porque llega al fondo del hombre, a su dolor, a su necesidad, a su impotencia, que son realidades cubiertas por la apariencia impersonal de simple sujeto de la ley.

63. Es esta justicia superior la que Cristo promulgó en su Buena Nueva. Juan Pablo II en la 'Dives in Misericordia' ha puesto lúcidamente de relieve este concepto al comentar la parábola del hijo pródigo, del evangelio de Lucas. Ya sabemos lo que al respecto nos

<sup>138</sup> *Dives in Misericordia*, n. 12.

<sup>139</sup> E. HAMEL. *La Misericordie, une sorte de justice superieure?*. Studia Moralia, 1977. p. 585.

dice el evangelio de Juan. Y hace pensar el que otro evangelista, Mateo, en los tres pasajes en que emplea la palabra 'eleos', caridad compasiva, lo hace siempre en contraste con prescripciones legales. *¡Ay de vosotros, gente de ley y fariseos hipócritas!, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad*<sup>140</sup>. Jesús se defiende del reproche de quebrantar la ley comiendo con publicanos y pecadores citando un texto de Oseas: *Marcharos a aprender qué significa eso de que 'Lo que quiero es misericordia, y no sacrificios'*<sup>141</sup>. Y cuando los fariseos acusan a sus discípulos de quebrantar la ley del sábado, Jesús replica que esa ley puede entrar en conflicto con otra ley más importante: la de la misericordia<sup>142</sup>. La cosa es tan clara, que incluso en los casos extremos, la necesidad ha entrado en la ley por la puerta de la epiqueya. El deber de asistir a un siniestrado, incluso mediante la prestación de un servicio, puede ser obligatoria aunque suponga el quebrantamiento de prescripciones inferiores. La caridad, a veces, pasa a ser estricta justicia.

#### 64. Dimensión social de la caridad

La caridad tiene una dimensión social que deriva, por una parte, de la universalidad de la caridad y, por otra, de la condición social del hombre. No basta la caridad en relación personal. En un mundo como el actual, cada vez más socializado, en que el hombre se halla prendido en la malla de las estructuras económico-sociales, políticas y estructurales de todo tipo, la caridad debe entenderse y practicarse también a escala social. Es una caridad de efectos menos inmediatos y, quizá, menos gratificante. Es más anónima y requiere para su eficacia plazos más largos. Pero, excepto los casos de emergencia, es la más eficaz. Se trata, precisamente, de mejorar las estructuras de las que depende el bien de grupos de hombres-hermanos con necesidades y carencias muy definidas. Es una caridad que casi obligadamente deberá servirse de la mediación de instituciones y organizaciones que, actuando sobre las estructuras, modifican el tejido de condicionantes del bien común. Ningún orden jurídico es inmejorable: en todos existe un margen de perfección en que la caridad social, a través de la justicia social y sobrepasándola, puede actuar. El peligro de las estructuras humanas, aun de las mejor concebidas, es su rigidez. La estabilidad de que se las quiere dotar es, al mismo tiempo, su fuerza y su debilidad. Su inflexibilidad e inmutabilidad puede convertirlas en opresoras. La caridad, con su dinamismo que

<sup>140</sup> Mt 23,23.

<sup>141</sup> Mt 9,12.

<sup>142</sup> Mt 12,7.

la impulsa más allá de la ley, por su independencia respecto a cualquier concepción política, es el mejor correctivo a la calcificación a que están destinados los sistemas y estructuras. La caridad es la vanguardia de la justicia.

65. Por otra parte, conviene no exagerar. No toda estructura es necesariamente injusta. Más aún, la estructura es necesaria, y cada nueva conquista de la caridad debe integrarse en la estructura, modificándola y haciéndola flexible y progresiva. Esa caridad, social en su destino, debe ser social también en sus agentes. Es decir: nacer de la colectividad, que para nosotros significa nacer del pueblo de Dios, englobarnos a todos. Es un deber que nace de nuestra fe común, de nuestra co-participación en la filiación divina y del hecho de ser hermanos. Tenemos el deber de la solidaridad y la corresponsabilidad. El Señor, que encomia la caridad individual del buen samaritano, ha dejado bien claro que rechaza la excusa de la caridad personal para omitir la caridad hacia el conjunto, y no acepta el planteamiento individual del problema: « ¿Cuándo 'te' vimos hambriento, sediento, etc »? Cristo centra la cuestión en la necesidad del grupo en cuanto tal, en la categoría que él define 'los más pequeños'. Y da la razón en estas dos palabras: « *Mis hermanos* »<sup>143</sup>. Precisamente porque el hombre integra su personalidad individual en el conjunto del Reino, y todos los hombres son llamados a él<sup>144</sup>, la ley de la caridad, que él tipificó como la ley de su Reino, tiene que tener en cuenta la condición social, tiene que haber una caridad social. Tal caridad social es la culminación del 'agapé', del amor desinteresado, anónimo, a largo plazo, por sí mismo y por el amor de Dios que ha sido puesto en nuestros corazones.

66. Cuando la Congregación General, con su suprema autoridad fijó en un decreto los términos en que la « *defensio et propagatio fidei* » de nuestra Fórmula se traduce a la situación concreta de nuestro mundo de hoy, era consciente del déficit de justicia que sufren incontables hombres y mujeres en todas las partes del planeta. La Congregación entendió que « *defensio et propagatio fidei* » o, lo que es lo mismo, « *ser jesuita hoy* », significa *comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige*<sup>145</sup>. El proceso por el que la Compañía ha llegado a esta formulación, tiene mucho del proceso de conversión de los Ejercicios y sigue su misma dinámica de entrega total, amorosa y sobresaliente a la obra de Cristo. La Compañía reconoció sus deficiencias pasadas en el servicio de la fe y promoción de la justicia, y se preguntó a sí misma, ante

<sup>143</sup> Mt 25,31-46.

<sup>144</sup> Rom 11,25.

<sup>145</sup> Congr. Gen. XXXII. D 2, n. 2.

Cristo crucificado, qué ha hecho por él y qué debía hacer por él. A los pies del crucificado por amor, eligió la participación en esa lucha como punto focal que identifica lo que en la actualidad los jesuitas hacen y son.

67. Pareció un gran avance esa opción que desde entonces la Compañía se ha esforzado por llevar adelante. Nos falta aún perspectiva para valorar el saldo de bienintencionados fracasos y de innegables logros que esa opción ha producido en la Iglesia a través de la Compañía. A la luz de la última encíclica, 'Dives in Misericordia', cabría afirmar que, con las imperfecciones de toda obra humana, fué una opción en la dirección justa. Con una salvedad: eso no es suficiente, no es el último paso. La Congregación sabe que el 'último paso' y la base de todo es la caridad, y que la justicia verdadera nace de la caridad y culmina en la caridad. *No hay conversión auténtica al amor de Dios sin una conversión al amor de los hombres y, por tanto, a las exigencias de la justicia. La fidelidad misma a la misión apostólica requiere, pues, que nosotros propongamos la salvación cristiana integral; que iniciemos al amor del Padre, y, por él, inseparablemente al amor del prójimo y de la justicia. La evangelización es proclamación de la fe que actúa en el amor de los hombres*<sup>146</sup>. Y en el mismo decreto 4, más adelante, la Congregación nos dice: *Para alcanzar plenamente su fin, nuestro esfuerzo de promoción de la justicia debe ser conducido de tal manera que abra al deseo y al acogimiento de la liberación y de la salvación escatológicas. Los métodos a poner en obra, las acciones a emprender, deben, por encima de todo, manifestar el espíritu de las bienaventuranzas y contribuir a la reconciliación entre los hombres*<sup>147</sup>. Es necesario tener muy presente estos importantes párrafos del decreto 4, para que su lectura no resulte truncada, parcial y desequilibrada. La Compañía tiene que avanzar aún en el conocimiento y exploración de esa justicia que se ha comprometido a promover. Estoy seguro de que ello nos hará descubrir un campo, aún más amplio, de la caridad.

#### 68. 'Agapé' contra 'anomía'.

Sí, la justicia no basta. El mundo necesita una cura más fuerte, un testimonio y unas obras más eficaces: las de la caridad. Cuando se repasan los titulares de los periódicos y se reflexiona un poco sobre cuál puede ser la causa profunda de un nivel tan bajo en las relaciones humanas — en el orden familiar, cívico, laboral, económico, internacional... — toda explicación en términos de justicia e

<sup>146</sup> Congr. Gen. XXXII. D 4, n. 28.

<sup>147</sup> Congr. Gen. XXXII. D 4, n. 33.

injusticia parece deficiente. Nunca se ha hablado tanto de justicia, y nunca ha sido tan flagrante su desprecio. Esta situación evoca en mí la escena con que el evangelista Mateo comienza la sección apocalíptica de su evangelio<sup>148</sup>: un cuadrito literario breve, trazado con pinceladas fuertes y expresivas. Hay allí un versículo que vale su peso en oro, explicación profunda, escueta y certera de cuanto pasa hoy: *La iniquidad habrá crecido tanto, que la caridad se habrá enfriado en la mayoría*<sup>149</sup>. Iniquidad y caridad, en el original, están dadas con estas palabras griegas: 'anomía' y 'agapé'. En el crecimiento de ambas hay una relación inversamente proporcional. Interesa acercarse a ambos conceptos.

69. 'Anomía' es — como traducen muchas versiones — la iniquidad. Literalmente la ausencia total de la ley o el incumplimiento y desprecio de la ley. Es la exaltación del egoísmo sin consideración alguna por la norma, el repudio del derecho: en una palabra, la injusticia. Es la repetición de la soberbia original en que consistió la caída del hombre — el primer pecado — y que mantiene el pecado en el mundo. La anomía, en este texto evangélico, está relacionada con el caos que se describe en las líneas precedentes: guerras, hambres, calamidades, falsas informaciones. Los hombres, a un tiempo promotores y víctimas de la anomía, agravan los males: falsos redentores, traiciones, abandonos, odio generalizado. Son las desastrosas consecuencias del abandono de la justicia, de la protección del propio interés sobre el derecho y la necesidad ajena, sobre el bien común. El derecho de la fuerza sustituye a la fuerza del derecho: anula la exigencia de Dios revelada en Jesús de que el amor y la fraternidad regulen las relaciones entre los hombres. Es, en sentido técnico, el imperio de la inmoralidad, la degeneración ética. Anomía es la falta de justicia, la iniquidad en su sentido etimológico: falta de equidad, la injusticia.

70. 'Agapé' (palabra favorita de Juan, y que en Mateo sólo aparece en este texto), es el amor desinteresado, el impulso de donación a que nos impulsa nuestra benevolencia para con los demás. Es la palabra que conviene al amor que Dios nos tiene. Es el tipo de amor intra-humano que Cristo dijo ser el mandamiento suyo, el mandamiento nuevo. Es la señal de que hemos 'conocido' al Padre. Es la prueba testifical, ante quienes no creen, de la fe que está viva en nosotros. El amor-agapé (en contraposición al 'eros') es el centro de cohesión de la historia, del mismo modo que el elemento disgregador es la anomía. Porque, caigamos en la cuenta, aunque 'agapé' conviene tanto al amor del hombre para con Dios como para con los

<sup>148</sup> Mt 24,4-14.

<sup>149</sup> Mt 24,12.

hermanos, de lo que aquí se trata es de lo segundo. Está claro, por su contraposición a la anomía, y queda patente por el contenido de toda esta sección escatológica del evangelio de Mateo que acaba precisamente exaltando el amor y caridad para con los hermanos como elemento discriminador en el juicio<sup>150</sup>.

71. Agapé y anomía son antagonicos. Mateo centra la angustia cósmica de las postrimerías en este duelo entre la anomía-iniquidad-injusticia y el agapé-amor. Anomía: nos parece estar leyendo la crónica de la historia contemporánea. Asalto al hombre, imposición arbitraria y violenta del dominio propio sobre las personas, impasibilidad ante la necesidad ajena, justicia despiadada y ciega: injusticia. Agapé: impulso desinteresado que mueve a comprender, empatizar, condicionar, aliviar, remediar, nacido de la fe en el amor que Dios nos tiene y que nosotros descubrimos en los hermanos. Ese amor se da hoy también en el mundo. Es una llama, como decía Nadal, que ha estado siempre encendida, y lo está aún, en la Iglesia, y en nuestra mínima Compañía y que nosotros nos empeñamos en mantener y avivar. Una llama que es luz, señal de esperanza e iluminadora del camino, y calor en los corazones. El amor une, la anomía disgrega. Mateo presenta estas dos fuerzas en estado de agresión permanente, en un crescendo apocalíptico. La anomía es la injusticia sustancial, histórica y cósmica, que desquicia el fundamento evangélico de las relaciones humanas. Agapé es el mensaje evangélico del amor y de la paz, todo lo que da sentido a la vida que nace de la fe, tanto personal como comunitaria y social.

72. El mensaje de Mateo deja abierta la puerta a la esperanza: *El que persevera hasta el fin se salvará*. Perseverar frente a las fuerzas adversas, frente a la incompreensión ajena, frente al desánimo propio. Para vencer hay que perseverar en el amor de caridad que está vinculado a nuestra fe y exige la promoción de la justicia. Esa caridad es la única esperanza válida de salvación del mundo. Perseverar: esa es la consigna también de los evangelios de Marcos<sup>151</sup> y de Lucas<sup>152</sup>: *Os salvaréis si perseveráis*.

73. Yo tengo la firme persuasión de que la Compañía, en virtud de su carisma ignaciano de inspiración trinitaria, enraizada y cimentada en la caridad, está providencialmente preparada par entrar en liza y emplearse eficientemente en la contención de la anomía y en la victoria de la caridad. La situación del mundo, puedo asegurarlo, hiere profundamente nuestra sensibilidad de jesuitas y pone en tensión las fibras más íntimas de nuestro celo apostólico. Va en ello

<sup>150</sup> Mt 25,31-46.

<sup>151</sup> Mc 13,13.

<sup>152</sup> Lc 21,19.

nuestra misión histórica: el fin de nuestra Compañía es la defensa y propagación de la fe, y sabemos que la fe mueve y está movida por la caridad, y que la caridad obra la justicia y la supera. Lucha por la fe, promoción de la justicia, empeño por la caridad, son nuestra ambición, y en eso tenemos nuestra razón de ser. En dejarnos penetrar por esta idea, y en vivirla con la intensidad del 'magis' ignaciano, está nuestra 'accommodata renovatio'. De esa manera habremos llegado al punto original del carisma trinitario de Ignacio, a la esencia divina, que es el amor.

\* \* \*

Termino saludándoos a vosotros, y a cuantos jesuitas leerán estas páginas, con esta bella fórmula paulina: *Paz a los hermanos, y caridad con fe, de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo. La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inmarcesible*<sup>153</sup>.

#### EL CORAZÓN DE JESÚS, RESUMEN Y SÍMBOLO DE AMOR

Al llegar a este punto, cuando se ve que el amor es lo más profundo de la espiritualidad cristiana y, por lo mismo, de la espiritualidad ignaciana, me siento en cierto modo obligado a proponer una última consideración.

Lo dicho hasta ahora se podría resumir en estos puntos:

1 - El amor (servicio) a los hermanos, a Cristo, al Padre, constituyen un único e indivisible objeto de nuestra caridad.

2 - El amor resuelve las dicotomías y tensiones que pueden presentarse en una espiritualidad ignaciana imperfectamente comprendida. Por ejemplo:

— *la tensión entre fe y justicia* se resuelve en la caridad. La fe debe estar informada por la caridad, 'fides informata caritate', y así mismo la justicia que se hace así una justicia superior: es la caridad que exige la justicia.

— *la tensión entre perfección propia y ajena*. Ambas deben ser la perfección de una misma caridad, que siempre tiende a crecer, tanto en sí misma intensamente, como en la multiplicación y perfección de los prójimos extensivamente.

— *la tensión entre oración y apostolado activo* se resuelve en el « contemplativus in actione », en el buscar a Dios en todas las cosas (contemplación para alcanzar amor).

— *la tensión entre los tres votos religiosos* desaparece cuando

<sup>153</sup> Ef 6,23-24.

su fundamentación y ejecución vienen a estar inspirados y movidos por la caridad (lo mismo puede decirse del cuarto voto).

— *la tensión entre discernimiento y obediencia.* La caridad debe estar en el origen y en la finalidad del discernimiento: esta presencia del 'agapé' permite discernir la voluntad de Dios (cfr *Rom* 12,2), es una intuición de la caridad (*Ef* 3,18-19; *Col* 2,2). La obediencia, por su parte, es expresión de esa misma voluntad de Dios. Tanto el Superior como el súbdito deben estar informados por la caridad, con la intuición propia del amor (TERRIEN: *Le discernement dans les Écrits Pauliniens*, p. 179).

3 - El amor es la solución de los problemas apostólicos creados por la iniquidad (*anomia*) moderna.

4 - El amor es lo más profundo y lo que da unidad a toda la obra de Jesucristo.

5 - El amor es también lo más profundo de nuestra vida y actividades, ya que entre Jesucristo y nosotros hay un mismo espíritu común (la Persona, que es amor) y que nos hace exclamar como a Cristo: Abba, Padre!

El amor, por tanto, entendido en toda su profundidad y amplitud (caridad y misericordia) es el resumen de toda la vida de Jesucristo, y debe serlo también de toda la vida del jesuita.

Ahora bien, el símbolo natural del amor es el corazón. De ahí que el Corazón de Cristo sea el símbolo natural para representar e inspirar nuestra espiritualidad personal e institucional, llevándonos a la fuente y a lo más hondo del amor humano-divino de Jesucristo.

Por eso, al terminar estas páginas, quiero decir a la Compañía algo que juzgo no debo callar.

Desde mi noviciado, siempre he estado convencido de que en la llamada « Devoción al Sagrado Corazón » está encerrada una expresión simbólica de lo más profundo del espíritu ignaciano y una extraordinaria eficacia — *ultra quam speraverint* — tanto para la perfección propia como para la fecundidad apostólica. Ese convencimiento lo poseo aún. Podrá haber extrañado a alguno que durante mi generalato haya hablado relativamente poco de este tema. Ha habido en ello una razón que podríamos llamar pastoral. En décadas recientes la expresión misma de 'Sagrado Corazón' no ha dejado de suscitar en algunas partes reacciones emocionales y alérgicas, quizá, en parte, como reacción a formas de presentación y terminología ligadas al gusto de épocas pasadas. Por eso me pareció que era aconsejable dejar pasar algún tiempo en la certeza de que esa actitud, más emotiva que racional, se iría serenando.

Abrigaba y sigo abrigando la certeza de que el valor altísimo de una espiritualidad tan profunda, a la que los Sumos Pontífices han

calificado de suprema<sup>154</sup>, que se sirve de un símbolo bíblico<sup>155</sup> tan universal y tan humano, y de una palabra, 'corazón', auténtica palabra-fuente (Urwort), no tardaría en abrirse paso de nuevo.

Por este motivo, muy a mi pesar, he hablado y escrito relativamente poco sobre esta materia, aunque de ello he tratado frecuentemente en conversaciones a nivel personal, y en esta devoción tengo una de las fuentes más entrañables de mi vida interior.

Al terminar este ciclo de conferencias sobre el carisma ignaciano, no podía dejar de dar a la Compañía una explicación de este silencio, que espero será comprendido. Y al mismo tiempo, no quería silenciar mi profunda convicción de que todos, en cuanto Compañía de Jesús, tenemos que reflexionar y discernir ante Cristo crucificado acerca de lo que esta devoción ha significado y debe significar, precisamente hoy, para la Compañía. En las circunstancias actuales, el mundo nos ofrece desafíos y oportunidades que sólo con la fuerza de este amor del Corazón de Cristo pueden encontrar plena solución.

Este es el mensaje que quería comunicaros. No se trata de forzar las cosas ni de mandar nada en una materia en que entra por medio el amor. Pero sí digo: Pensad en ello, y 'discurrid por lo que se ofreciere'<sup>156</sup>. Sería triste que poseyendo en nuestra espiritualidad, incluso institucional, un tesoro tan grande, lo dejásemos de lado por motivos poco aceptables.

Si queréis un consejo, después de 53 años de vida en la Compañía y de casi 16 de generalato, os diría que en esta devoción al Corazón de Cristo se esconde una fuerza inmensa; a cada uno toca descubrirla — si no la ha descubierto ya — y profundizarla y aplicarla a su vida personal en el modo como el Señor se la muestre y se lo conceda. Se trata de una gracia extraordinaria que Dios nos ofrece.

La Compañía necesita la 'dynamis' encerrada en ese símbolo y en la realidad que nos anuncia: el amor del Corazón de Cristo. Quizá lo que nos falta es un acto de humildad eclesial, para aceptar lo que los Sumos Pontífices, las Congregaciones Generales y los Generales de la Compañía han repetido incesantemente. Y, sin embargo, estoy persuadido de que pocas pruebas podría haber tan claras de la renovación espiritual de la Compañía como una pujante y generalizada devoción al Corazón de Jesús. Nuestro apostolado recibiría nuevo aliento y no tardaríamos en ver los efectos, tanto en nuestra vida personal como en nuestras actividades apostólicas.

<sup>154</sup> Cf. LEON XIII « *Annum Sacrum* », 1899; PIO XI « *Miserentissimus Redemptor* », 1928; PIO XII « *Haurietis aquas* », 1956; PABLO VI « *Investigabiles divitias* », 1965, y Discurso a PP. de la Compañía, 1966, etc.

<sup>155</sup> Ef 1,18.

<sup>156</sup> Ejercicios, 53.

No caigamos en la presunción de creernos superiores a una devoción que se expresa en un símbolo o en una representación gráfica de ese símbolo. No nos unamos a *los sabios y prudentes de este mundo* a quienes el Padre oculta sus misteriosas realidades, mientras se las enseña a quienes son o se hacen *pequeños*<sup>157</sup>. Tengamos esa sencillez de corazón que es la primera condición para una profunda conversión: *Si no cambiáis y os hacéis como niños...*<sup>158</sup>. Son palabras de Cristo que podríamos traducir así: « Si queréis como personas y como Compañía entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo con extraordinaria eficacia, haceos como los pobres a quienes deseáis servir. Tantas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros: aprended de ellos esta lección tan sencilla, reconoced mi amor en mi Corazón ».

---

<sup>157</sup> Lc 11,21 y Mt 11,25.

<sup>158</sup> Mt 18,3.